

Rom

Xavier Alegre Santamaría

CARTA A LOS ROMANOS

XXII

Índice

I. Introducción general	7
1. Una carta decisiva para comprender el cristianismo	7
2. Dificultad para comprender a san Pablo	9
3. Pablo en el marco del cristianismo primitivo	10
Los orígenes del movimiento cristiano: la Iglesia «madre» de Jerusalén	12
Incorporación de los «helenistas» a la Iglesia de Jerusalén	12
La misión a los paganos y el «concilio» de Jerusalén	13
Las Iglesias paulinas y los conflictos eclesiales de Pablo	14
4. Importancia y dificultad de la carta a los Romanos	15
¿Por qué resulta difícil leer Romanos?	15
Romanos, un texto escrito desde la fe	17
Romanos, un texto de innegable valor ecuménico	18
5. Situación de Pablo cuando escribe la carta a los Romanos	18
Situación de Pablo según Rom 1,1-15 y 15,14-33	20
6. La comunidad de Roma	22
7. Romanos, ¿sigue teniendo actualidad?	25
8. Tema o tesis de Romanos	26
9. Características literarias y estructura de Romanos	28
Ampliamos conocimientos	31
Estructura de la carta a los Romanos	32
Para seguir reflexionando	34
II. Prólogo: Saludo epistolar de Pablo (Rom 1,1-15)	35
Guía de lectura	35
1. Comienzo	35
2. Lectura razonada	35
1. Encabezamiento epistolar (1,1-7)	35
Preparamos la lectura	35
Leemos el texto	36
Comentario	36
El evangelio paulino es tradicional	40
Razones literarias	41
Razones teológicas	42
2. Acción de gracias y proyectos de Pablo de visitar Roma (1,8-15)	45
Preparamos la lectura	45
Leemos el texto	45
Comentario	45

Ampliamos conocimientos	50
Para seguir reflexionando	50
III. El poder salvador del evangelio (Rom 1,16-17). La revelación de la justicia salvadora de Dios	51
La tesis de la carta a los Romanos (1,16-17)	51
Guía de lectura	51
1. Tema: Síntesis del contenido del evangelio paulino	51
2. Posibles lecturas	51
Preparamos la lectura	52
Leemos el texto	52
Comentario	52
1. La salvación (v. 16)	52
2. La justificación por la fe (v. 17)	59
2.1. El concepto de justicia en Pablo	59
Trasfondo veterotestamentario de la justicia	60
Relación entre el derecho y la justicia	65
La justicia de Dios en el judaísmo tardío	66
2.2. El genitivo «de Dios»	67
Ampliamos conocimientos	71
Para seguir reflexionando	72
IV. La antítesis del proyecto de Dios: Revelación de la cólera de Dios ante el pecado universal (Rom 1,18-3,20)	73
1. Juicio de Dios sobre el paganismo (1,18-32)	73
Guía de lectura	73
1. Características literarias	73
2. Filosofía de la reflexión paulina	74
3. Objetivo paulino	74
Preparamos la lectura	74
Leemos el texto	75
Comentario	75
Responsabilidad de todo ser humano, pues puede conocer a Dios (vv. 18-23)	79
Inviabilidad del camino pagano de salvación (Rom 1,24-32)	82
Pablo y la homosexualidad	86
Ampliamos conocimientos	87
Para seguir reflexionando	87
2. Juicio de Dios sobre el judaísmo (2,1-3,8)	88
Guía de lectura	88
1. Características literarias	88
2. Objetivo de Pablo	88
Preparamos la lectura	88
Leemos el texto	88
Comentario	90
1. En Dios no hay parcialidad: juzga según las obras en el juicio final (2,1-11)	91
2. Dios juzgará también al judío a pesar de tener la ley (2,12-16). ¿La «ley natural» en Rom 2,14?	95
¿La «ley natural» en Rom 2,14?	97
3. Dios juzgará al judío a pesar de conocer la ley (2,17-24)	98
4. Dios juzgará al judío a pesar de la circuncisión (2,25-29)	100
5. Dios juzgará al judío a pesar de la fidelidad de Dios a Israel (3,1-8)	102

Ampliamos conocimientos	104
Para seguir reflexionando	105
3. Conclusión: Todos han pecado. Prueba de Escritura (3,9-20)	105
Guía de lectura	105
1. Propósito de Pablo	105
2. Características literarias	105
Preparamos la lectura	105
Leemos el texto	106
Comentario	106
Ampliamos conocimientos	109
Para seguir reflexionando	109
V. Manifestación de la justicia de Dios como redención y expiación universal recibida en la fe (Rom 3,21-31)	111
Guía de lectura	111
1. Elementos literarios	111
2. Intención del fragmento	111
3. Ideas teológicas básicas	111
1. Redención y expiación universal en la cruz de Cristo (3,21-26)	112
Preparamos la lectura	112
Leemos el texto	112
Comentario	112
Excurso: ¿Fe <i>de</i> Jesús o fe <i>en</i> Jesús en Rom 3,21-26?	115
Razones para el genitivo subjetivo (fe o fidelidad <i>de</i> Cristo)	115
Razones para el genitivo objetivo (fe <i>en</i> Cristo)	117
Conclusión	117
Papel de la muerte de Cristo en la revelación de la justicia de Dios	117
Relación con el bautismo	119
¿Condiciones subjetivas para obtener la justificación?	120
La cruz de Jesús como «redención»	121
La cruz de Jesús como «expiación»	122
El concepto de «expiación»	122
Cómo no hay que interpretar la expiación	123
Presupuesto básico de la expiación	123
Interpretación no cúllica de la expiación	126
Conclusión	126
El añadido paulino «por la fe»	127
Finalidad de la expiación	128
El perdón de los pecados antes de la cruz	129
El perdón de los pecados después de la cruz	130
Ampliamos conocimientos	131
Para seguir reflexionando	132
2. Universalidad de la justicia de Dios por la fe sin obras (3,27-31)	132
Guía de lectura	132
1. Estilo literario	132
2. Finalidad teológica	132
Preparamos la lectura	132
Leemos el texto	133
Comentario	133
La «sola fe» en el diálogo ecuménico	136
Ampliamos conocimientos	139
Para seguir reflexionando	139

VI. Abrahán, modelo del creyente (Rom 4)	141
Guía de lectura	141
1. Características literarias	141
2. Función teológica del capítulo	141
Preparamos la lectura	142
Leemos el texto	142
Comentario	144
Ampliamos conocimientos	154
Para seguir reflexionando	154
VII. Los frutos de la justificación salvadora para la vida cristiana. Predominio de la gracia de Dios sobre el pecado (Rom 5,1-21)	155
1. Vida cristiana salvada y certeza de la esperanza en la salvación definitiva (5,1-11)	155
Guía de lectura	155
1. Elementos literarios	155
2. Elementos teológicos	155
Preparamos la lectura	156
Leemos el texto	156
Comentario	157
Estructura del texto	157
La salvación que brota de la justificación	158
Papel esencial de Jesús en la vida cristiana	160
Ampliamos conocimientos	167
Para seguir reflexionando	168
2. Predominio de la gracia sobre el pecado (5,12-21)	168
Guía de lectura	168
1. Elementos literarios	168
2. Elementos teológicos	168
Preparamos la lectura	169
Leemos el texto	170
Comentario	170
Estructura del fragmento	173
Contenido teológico	174
Papel de la ley mosaica	179
La lógica de Dios que aparece en Rom 5,12-21	181
Ampliamos conocimientos	182
Excursus: Interpretación de Rom 5,12, presupuesto de la doctrina del pecado original	182
Presupuesto bíblico de la doctrina del pecado original	183
Problema teológico en relación con el pecado original	183
Observaciones previas	183
La aportación de S. Lyonnet	184
Ampliamos conocimientos	187
Para seguir reflexionando	188
VIII. Liberación del pecado y de la muerte por la incorporación a Cristo (Rom 6)	189
Guía de lectura	189
1. Estructura literaria	189
2. Contenido teológico	190
1. Liberados del pecado por la incorporación a la muerte de Cristo en el bautismo (6,1-14)	190

Índice

Preparamos la lectura	190
Leemos el texto	190
Comentario	191
Significado del bautismo	193
Excurso: El bautismo en Pablo	194
Excurso: La fórmula «en Cristo», «en el Señor»	199
Exhortación bautismal (vv. 12-14)	199
2. Liberados del pecado para servir a la justicia salvadora y obtener la vida eterna (6,15-23)	201
Preparamos la lectura	201
Leemos el texto	201
Comentario	202
Ampliamos conocimientos	205
Para seguir reflexionando	206
IX. El cristiano está liberado del yugo de la ley mosaica (Rom 7)	207
Guía de lectura	207
1. Características literarias	207
2. Problemática teológica	207
1. Tesis: el cristiano está libre de la ley de Moisés (7,1-6)	208
Preparamos la lectura	208
Leemos el texto	208
Comentario	208
2. Función de la ley en el proyecto de Dios (7,7-12)	214
Preparamos la lectura	214
Leemos el texto	214
Comentario	214
Problemática de Rom 7,7-25	215
3. Situación infeliz del ser humano pecador bajo la ley (7,13-25)	218
Preparamos la lectura	218
Leemos el texto	219
Comentario	220
Postura global de Pablo sobre la ley	222
Ampliamos conocimientos	226
Para seguir reflexionando	226
X. La vida en el Espíritu (Rom 8,1-39)	227
Guía de lectura	228
1. Elementos literarios	228
2. Contenido teológico	228
1. La vida cristiana liberada y creada por la acción del Espíritu (8,1-11)	228
Preparamos la lectura	228
Leemos el texto	228
Comentario	229
2. Filiación divina y destino glorioso del cristiano (8,12-17)	235
Preparamos la lectura	235
Leemos el texto	236
Comentario	236
3. Redención cósmica y esperanza cristiana (8,18-30)	237
Preparamos la lectura	237
Leemos el texto	237
Comentario	238

4. Himno al amor de Dios, fundamento de la vida cristiana (8,31-39)	242
Preparamos la lectura	242
Leemos el texto	243
Comentario	244
Ampliamos conocimientos	245
Para seguir reflexionando	246
XI. La justicia de Dios y el problema de Israel. El Dios de la gracia, clave para la interpretación de Rom 9–11	247
Introducción general a Rom 9–11	247
1. Dialéctica universalismo-elección (particular)	249
2. La revelación bíblica es esencialmente histórica	250
Unidad y estructura de Rom 9–11	251
Ampliamos conocimientos	253
Para seguir reflexionando	253
XII. Revelación de la fidelidad de Dios a Israel en la historia de la salvación (Rom 9,1-29)	255
1. Introducción: tristeza de Pablo por la situación en la que se encuentra Israel (9,1-5)	255
Guía de lectura	255
Preparamos la lectura	255
Leemos el texto	256
Comentario	256
2. La incredulidad de Israel no pone en entredicho las promesas de Dios a su pueblo elegido (9,6-29)	259
Guía de lectura	259
1. Elementos literarios	259
2. Elementos teológicos	259
2.1. La elección por parte de Dios es siempre libre y gratuita (9,6-13)	259
Preparamos la lectura	259
Leemos el texto	260
Comentario	260
2.2. Dios no es injusto, pues es libre en su compasión (9,14-24)	263
Preparamos la lectura	263
Leemos el texto	263
Comentario	263
2.3. Prueba de Escritura: el pueblo de Dios formado por judíos y paganos (9,25-29)	270
Preparamos la lectura	270
Leemos el texto	270
Comentario	270
Ampliamos conocimientos	271
Para seguir reflexionando	272
XIII. La culpa de Israel (Rom 9,30–10,21)	273
Guía de lectura	273
1. Elementos literarios	273
2. Elementos teológicos	273
1. Israel, a diferencia de los gentiles, no ha alcanzado la justicia de Dios (9,30–10,4)	273
Preparamos la lectura	273

Leemos el texto	274
Comentario	275
1.1. Cristo, ¿fin (final) de la ley?	276
1.2. Cristo, ¿meta de la ley?	277
2. Prueba de Escritura (10,5-13)	277
Preparamos la lectura	277
Leemos el texto	278
Comentario	278
3. Obstinación culpable de Israel (10,14-23)	279
Preparamos la lectura	279
Leemos el texto	280
Comentario	280
Ampliamos conocimientos	282
Para seguir reflexionando	282
XIV. El misterio de la historia de la salvación y la esperanza de Israel (Rom 11,1-36)	283
Guía de lectura	283
1. Elementos literarios	283
2. Elementos teológicos	283
1. El resto escogido de Israel (11,1-10)	283
Preparamos la lectura	283
Leemos el texto	284
Comentario	284
2. Israel y los gentiles (11,11-24)	285
Preparamos la lectura	285
Leemos el texto	286
Comentario	286
3. El <i>misterio</i> de la salvación (también de Israel) y la lógica que la configura (11,25-32)	288
Preparamos la lectura	288
Leemos el texto	289
Comentario	289
Estructura del fragmento	289
La salvación de todo Israel como «misterio» (v. 25)	290
El contenido del misterio (vv. 25c-26a)	290
La prueba de Escritura (vv. 26b-27)	292
La interpretación del misterio (vv. 28-32)	293
1) El Dios fiel (vv. 28-29)	293
2) La relación misericordia-incredulidad (vv. 30-31)	293
3) Dios quiere tener misericordia con todo el mundo (v. 32)	294
4. Himno final (11,33-36)	296
Preparamos la lectura	296
Leemos el texto	296
Comentario	296
Ampliamos conocimientos	297
Para seguir reflexionando	298
XV. La vida nueva que brota del Espíritu (Rom 12)	299
Preámbulo a Rom 12,1-15,15	299
Guía de lectura	300
1. Elementos literarios	300

2. Elementos teológicos	300
1. La existencia cristiana como culto espiritual auténtico (Rom 12,1-2)	300
Preparamos la lectura	300
Leemos el texto	300
Comentario	300
2. La vida nueva de la comunidad cristiana (12,3-8)	305
Preparamos la lectura	305
Leemos el texto	306
Comentario	306
3. Relaciones con los de dentro y los de fuera (12,9-21)	308
Preparamos la lectura	308
Leemos el texto	308
Comentario	308
Ampliamos conocimientos	311
Para seguir reflexionando	312
XVI. Relación con la autoridad civil y compromiso cristiano (Rom 13)	313
Guía de lectura	313
1. Elementos literarios	313
2. Elementos teológicos	313
1. La adecuada actitud cristiana hacia los gobernantes (Rom 13,1-3)	313
Preparamos la lectura	313
Leemos el texto	314
Comentario	314
2. El amor, plenitud de la ley (13,8-10)	317
Preparamos la lectura	317
Leemos el texto	318
Comentario	318
3. El horizonte escatológico de la existencia cristiana: revestir a Cristo	
Jesús (13,11-14)	321
Preparamos la lectura	321
Leemos el texto	321
Comentario	321
Ampliamos conocimientos	322
Para seguir reflexionando	322
XVII. Acoger a los débiles, piedra de toque del amor cristiano (Rom 14,1-15,13)	323
Guía de lectura	323
1. Elementos literarios	323
2. Elementos teológicos	323
Introducción a todo el fragmento	323
Estructura de todo el fragmento	324
1. Acogerse y no juzgarse mutuamente (14,1-12)	325
Preparamos la lectura	325
Leemos el texto	325
Comentario	326
2. Por amor, respetar la conciencia del hermano y no escandalizarle	
(14,13-23)	328
Preparamos la lectura	328
Leemos el texto	329
Comentario	329

Índice

3. El ejemplo de Cristo (15,1-6)	331
Preparamos la lectura	331
Leemos el texto	331
Comentario	331
4. Motivación histórico-bíblica (15,7-13)	332
Preparamos la lectura	332
Leemos el texto	332
Comentario	333
Ampliamos conocimientos	335
Para seguir reflexionando	335
XVIII. Ministerio apostólico de Pablo y proyectos (Rom 15,14-33)	337
1. Razón de la carta: el ministerio de Pablo (15,14-21)	337
Preparamos la lectura	337
Leemos el texto	337
Comentario	338
2. Proyectos de viaje (15,22-29)	339
Preparamos la lectura	339
Leemos el texto	339
Comentario	339
3. Ruego y bendiciones (15,30-33)	340
Preparamos la lectura	340
Leemos el texto	340
Comentario	340
Ampliamos conocimientos	341
Para seguir reflexionando	341
XIX. Recomendaciones y saludos finales (Rom 16)	343
Problemas de crítica textual	343
Guía de lectura	343
1. Elementos literarios	343
2. Elementos de contenido	343
1. Recomendaciones y saludos (16,1-16)	344
Preparamos la lectura	344
Leemos el texto	344
Comentario	344
¿Fue Junia una mujer apóstol?	346
Otros saludos	348
2. Advertencias contra los falsos maestros (16,17-20)	349
Leemos el texto	349
Comentario	350
3. Saludos finales (16,21-23)	350
Leemos el texto	350
Comentario	351
4. Doxología final (16,24-25)	351
Leemos el texto	351
Comentario	351
Ampliamos conocimientos	352
Para seguir reflexionando	352
XX. Vocabulario	353

Carta a los Romanos

XXI. Bibliografía general	359
Obras generales y de consulta	359
En español	359
En otras lenguas	360
Comentarios a Romanos	360
En español	360
En otras lenguas	360
Trabajos sobre Romanos	360
En español	360
En otras lenguas	361
Otra bibliografía paulina	361
En español	361
En otras lenguas	362
XXII. Índice	363

I

Introducción general

1. Una carta decisiva para comprender el cristianismo

La *carta a los Romanos* es, sin duda, una de las grandes obras de la literatura universal. No por su calidad literaria, pero sí por el vigor de su pensamiento. Para una persona con cierto nivel cultural, y más si es creyente, renunciar a conocerla sería una pérdida. Como lo es, por ejemplo, renunciar a conocer obras como *El Quijote*, la *Fenomenología del espíritu* de Hegel o *El Capital* de Marx. De hecho, esta carta ha marcado decisivamente la historia del cristianismo y, consecuentemente, la historia de la humanidad en los últimos dos mil años. Sin esta carta, el cristianismo no sería lo que ha sido, ni lo que es. Tampoco sería igual la historia de la humanidad marcada por el cristianismo.

¿Por qué es tan importante esta carta? ¿Es Pablo, como han pretendido algunos, el *fundador* del cristianismo?

Pienso que no. En los orígenes del movimiento cristiano se encuentra Jesús de Nazaret. Es la figura decisiva, cercana, entrañable para sus seguidores y seguidoras. Comprometido a favor de la causa de Dios, que él denominaba el Reino o reinado de Dios, dio su vida por un proyecto audaz: liberar a los pobres y marginados desde la experiencia íntima de Dios, al que llamaba *Abbá*, papa querido.

Acabó clavado en una cruz, condenado como terrorista por las autoridades políticas romanas y como blasfemo, o como mago, por las autoridades religiosas de su pueblo. Sin él, Pablo no hubiera llegado a ser lo que fue. Y figuras como la de Pablo no hubieran sido significativas en la historia. Sin Jesús, testimoniado por los cuatro evangelios canónicos, el cristianismo no existiría, cosa que no puede decirse de Pablo.

¿Por qué, entonces, resulta tan significativa la figura de Pablo y, más en concreto, la carta a los Romanos?

En primer lugar, porque Jesús no escribió nada. Y los evangelios, aunque tienen una buena base histórica y recuerdan las acciones y palabras de Jesús, no son vídeos de su vida. Son interpretaciones desde la fe de lo que Jesús hizo y dijo. Y en esta fe interpretativa parece que Pablo desempeñó un papel muy importante. Por otro lado, por lo menos dos de los evangelios están marcados por la visión religiosa del apóstol Pablo. Me refiero a los evangelios de Marcos y de Lucas. Incluso el evangelio de Mateo, en la medida en que sigue a Marcos y es, según parece, el evangelio de la Iglesia de Antioquía, en la que Pablo actuó decisivamente durante un tiempo, está también relacionado con Pablo, aunque refleja más bien las concepciones religiosas de Pedro. En todo caso, las cartas de Pablo son los escritos cristianos más antiguos.



Dos personajes, que sin duda han sido decisivos para la historia del cristianismo y sobre todo para la reflexión teológica –me refiero a san Agustín y a Martín Lutero–, cambiaron radicalmente la orientación de su vida precisamente a propósito de la lectura de la carta a los Romanos:

– San Agustín narra así, en su obra *Las Confesiones*, libro VIII, cap. 12, p. 129, el momento en que su vida cambió radicalmente:

«Yo fui y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse; mas soltando las riendas a mi llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio de vuestro agrado (Sal 50,19). (...) conociendo yo que mis pecados eran los que me tenían preso, decía a gritos con lastimosas voces: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que diga yo, mañana, mañana? Pues ¿por qué no ha de ser desde luego y en este día? ¿Por qué no ha de ser en esta misma hora el poner fin a todas mis maldades?*

»Estaba yo diciendo esto, y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: *¡Toma y lee!* Yo, mudando de semblante, me puse al punto a considerar con particularísimo cuidado, si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos, y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Y así, reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas, me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las epístolas de san Pablo y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio que, entrando por casualidad en la iglesia al tiempo en que se leían aquellas palabras del evangelio. *Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven, y sígueme* (Mt 19,21); él las

había entendido como si hablaran con él determinadamente, y obedeciendo a aquel oráculo, se había convertido a Vos sin demora alguna. Por ello, a toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol, cuando me levanté de aquel sitio; tomé el libro, lo abrí y leí para mí el capítulo que primero se ofreció a mis ojos, y eran estas palabras: *No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones; sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo.*

»No quise pasar más adelante leyendo, ni tampoco era necesario; porque, luego que acabé de leer esta sentencia, como si me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas».

– Lutero tuvo la intuición religiosa fundamental, que dio un giro de 180° a su modo de comprender y de vivir la fe, precisamente a propósito de la carta a los Romanos. No sorprende, entonces, que escriba de esta carta: «Esta epístola es la verdadera parte principal y el evangelio más puro. Es bien digna de, y merece, que una persona cristiana no solo se la aprenda de memoria, sino que trate diariamente con ella como con el pan cotidiano de las almas. Pues nunca puede ser demasiado y bien leída o meditada y cuando más uno la maneja, tanto más deliciosa se vuelve y sabe mejor» (Comienzo de su «Prólogo» a la carta a los Romanos, en *Die ganze Heilige Schrift deutsch*, 1545).

– Por otro lado, a comienzos de la teología cristiana, Marción se sirvió de Pablo para cuestionar los elementos judíos que se encuentran en el Nuevo Testamento y que, según él debían ser eliminados, provocando, entre otras cosas, que las Iglesias cristianas tuvieran que ir fijando la lista de aquellos escritos que a todas ellas les parecían *canónicos*, es decir, normativos para la fe.

En segundo lugar, porque la carta a los Romanos es como el primer tratado sistemático cristiano que reflexiona sobre el núcleo y el significado profundo que el evangelio tiene para la fe cristiana y para

el mundo. De hecho, la reflexión creyente que se esfuerza por inculturar su fe en un mundo que está cambiando, encontró en la carta a los Romanos un modelo. Con ella, el pensamiento teológico, fiel a la tra-

dición, pero innovador a la vez, obtuvo carta de ciudadanía en el cristianismo. Es un hecho innegable que Pablo marcó decisivamente la historia del cristianismo primitivo. Y en ningún lugar expone tan claramente su pensamiento como en la carta a los Romanos.

En tercer lugar, la historia de la reflexión, de la teología, cristiana ha sido marcada decisivamente por la carta a los Romanos y por Pablo en general.

Y, por último, si se quiere reflexionar críticamente sobre la propia posición religiosa y fomentar un diálogo sincero y profundo del cristianismo con el judaísmo, también y precisamente después de Auschwitz, la carta a los Romanos aporta una serie de reflexiones muy iluminadoras.

2. Dificultad para comprender a san Pablo

Pablo ha resultado siempre un autor difícil de comprender. Pero hoy lo es más que nunca, pues los textos bíblicos –y el mundo de la Biblia, en general– son para muchos «los grandes desconocidos». Incluso los que han sido educados en una familia cristiana, que se ha preocupado por familiarizarles con la Biblia, se sienten incómodos con los textos paulinos. Sobre todo si han conocido a Pablo a través de lecturas aisladas en las celebraciones dominicales. Sus grandes textos teológicos resultan abstractos y lejanos. Y las largas y apasionadas defensas de sí mismo, que se leen por ejemplo en la 2ª carta a los Corintios, caps. 10–13, incomodan cuando no se conoce el contexto histórico en el que Pablo las formuló.

¿Vale, entonces, la pena que hagamos un esfuerzo por adentrarnos en el pensamiento de un personaje aparentemente tan lejano y complicado? Pienso que sí. No solo por el significado que Pablo ha tenido para la fe cristiana desde sus comienzos, sino porque, después de Jesús, ha sido el personaje que más ha marcado el modo concreto como el cristianismo se ha desarrollado en la historia. Y gracias a sus escritos podemos ver cómo un hom-



La dificultad para entender a Pablo parece inherente a la obra de Pablo: En la 2ª carta de Pedro 3,15b-16 leemos: «En este sentido os ha escrito también nuestro hermano Pablo, según la sabiduría que le fue otorgada. Lo hace en todas las cartas en las que se ocupa de estas cosas, y en las que hay algunos puntos difíciles de comprender, puntos que los que carecen de instrucción y firmeza interpretan erróneamente».

Y lo mismo señala san Juan Crisóstomo († 407): «Siempre que escucho una lectura de las cartas de san Pablo –dos, tres y hasta cuatro veces por semana, siempre que celebramos la memoria de los mártires–, me alegro con el sonido de esa trompeta espiritual. Me siento entusiasmado y experimento un ardiente deseo. Cuando percibo la voz amable, pienso en seguida que lo veo delante de mí y que escucho sus explicaciones. Pero me apena y duele que no todos conozcan a ese hombre como él se merece. Algunos conocen tan poco de él que ni siquiera saben el número exacto de sus cartas. Lo cual no proviene de incapacidad mental, sino de que descuidan el ocuparse incesantemente con sus escritos. Tampoco yo debo lo que sé –si es que sé algo– a una capacitación especial ni a una agudeza mental, sino a que amo a ese hombre y me ocupo de continuo en sus escritos. Quienquiera que ama a alguien sabe más de él que todos los demás, precisamente porque para él es importante» (citado por W. Trilling, *Conversaciones con Pablo*, Barcelona 1985, p. 38).

bre, genial e inspirado por Dios, es capaz de traducir a una cultura distinta de la de Jesús, me refiero a la griega, el mensaje del Maestro.

Como señala J. Becker, «es evidente que no se puede considerar la teología paulina como recepción y continuación directa del mensaje de Jesús sobre el reino de Dios. No es sustancialmente una actualización de ese mensaje (Jesús dijo... luego hay que...), sino que sigue sus propios esquemas lingüísticos y conceptuales. Por decirlo en fórmula moderna, entre Jesús y Pablo se ha producido un “cambio de paradigma”» (*Pa-*



La **bibliografía** sobre Pablo es inmensa. Pero es sobre todo en los últimos años que han aparecido obras en español que resultan actualizadas y realmente iluminadoras sobre la obra y el pensamiento del apóstol. Para una introducción a la vida y a la obra de Pablo (en especial sus cartas, tanto las que él ciertamente escribió, como las que sus discípulos escribieron como si fueran del mismo Pablo), me parecen especialmente recomendables tres obras, que parten de sólidos conocimientos en el campo de la interpretación de la Biblia; y se plantean de un modo claro, asequible al lector que goza de una cierta cultura teológica (estudiantes de teología, sacerdotes y laicos interesados por dar un fundamento teológico a su fe). G. Barbaglio, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Salamanca 1989 (informa bien sobre lo que la ciencia bíblica afirma hoy sobre Pablo); J. J. Bartolomé, *Pablo de Tarso. Una introducción a la vida y a la obra de un Apóstol de Cristo*, Madrid 1997 (ofrece una buena introducción actualizada a la vida y a la obra de Pablo); y J. Becker, *Pablo. El Apóstol de los paganos*, Salamanca 1996 (ayuda no solo a conocer la vida y situación cultural de Pablo, sino a orientarse en la lectura de sus cartas auténticas, descubriendo, sin notas que puedan dificultar la lectura, el origen y el significado teológico de sus textos).

Vale la pena leer también la obra clásica –aunque menos actualizada– de un autor evan-

gélico, G. Bornkamm, *Pablo de Tarso*, Salamanca 1979.

Para conocer la vida y el entorno de Pablo, se puede leer con interés: W. A. Meeks, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca 1988; J. Gnilka, *Pablo de Tarso. Apóstol y testigo*, Barcelona 1998; J. Sánchez Bosch, *Nacido a tiempo. Una vida de Pablo, el apóstol*, Estella 1994; S. Légasse, *Pablo Apóstol. Ensayo de biografía crítica*, Bilbao 2005; J. Murphy-O'Connor, *Pablo, su historia*, Madrid 2008; M. J. Borg y J. D. Crossan, *El primer Pablo. La recuperación de un visionario radical*, Estella 2009. Dos libros sugerentes: F. Pastor Ramos, *Pablo, un seducido por Cristo*, Estella 1991; A. Grün, *Pablo y la experiencia de lo cristiano*, Estella 2008.

Para informarse y orientarse sobre los artículos aparecidos en las revistas hasta el año 1992, puede consultarse la obra de W. E. Mills, *An Index to Periodical Literature on the Apostle Paul*, Leiden 1993, que ordena el material por temas y de acuerdo con su aparición cronológica. Los artículos relacionados específicamente con Romanos se encuentran en las pp. 63-106. En alemán, es muy útil la obra de M. Theobald, *Der Römerbrief*, Darmstadt 2000 (Erträge der Forschung 294).

Una buena bibliografía española la encontramos en X. Pikaza, *Mil y un libros sobre la Biblia*, Estella 2004, pp. 80-86.

blo. El Apóstol de los paganos, Salamanca 1996, p. 145). Pues a Pablo de Jesús «no le interesa su predicación en Galilea y en Jerusalén, sino la manifestación de Dios mediante los datos básicos de la historia de Jesús; le interesa, pues, Jesús como obra divina o como persona obediente a Dios por medio de la cual Dios actuó a favor de la humanidad. Podemos reducir así la cristología paulina en referencia al Jesús terreno a un denominador común partiendo de la frase de 2 Cor 5,19: “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, cancelando la deuda de los delitos humanos y poniendo en nuestras manos el mensaje de la reconciliación”» (ibíd., p. 151).

3. Pablo en el marco del cristianismo primitivo

Para comprender a Pablo hay que situarlo en el marco del cristianismo primitivo. No estuvo ciertamente entre los primeros compañeros de Jesús. Pero muy pronto (lo más probable es que fuera tres o cuatro años después de la muerte de Jesús) se convirtió al cristianismo. ¿Por qué, entonces, es Pablo tan significativo para los orígenes del cristianismo?

Porque Pablo contribuyó de modo decisivo a inculturar el cristianismo en el mundo helenista y urbano, superan-



Los especialistas coinciden hoy en aceptar como dictadas por Pablo solo siete de las cartas atribuidas a él en el Nuevo Testamento: Romanos, 1ª y 2ª Corintios, Gálatas, Filipenses, 1ª Tesalonicenses y Filemón (en el Nuevo Testamento, las cartas paulinas están ordenadas según el tamaño, empezando por las que van dirigidas a comunidades). Las otras (Efesios, Colosenses, 2ª Tesalonicenses, 1ª y 2ª Timoteo y Tito) son denominadas «pseudepigráficas» (en griego *pseudo* significa «no verdadero») o «deuteropaulinas» (en griego *deuter* significa «segundo»), porque están formuladas como si las escribiera el mismo Pablo, pero son obra de personas de la escuela paulina (ver E. Lohse, *Introducción al Nuevo Testamento*, Madrid 1986, pp. 54-56 y 93-112).

Sobre la figura de Pablo en el marco de los inicios del cristianismo, ver G. Theissen, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca 2000 (cf. *La crisis del cristianismo primitivo*, pp. 249-293); X. Alegre, «Testimonios literarios de los orígenes del movimiento cristiano. Una introducción breve al Nuevo Testamento», en Id., *La palabra no está encadenada. Aproximaciones al Nuevo Testamento en clave liberadora*, San Salvador 2009, pp. 23-51 (cf. *Revista Latinoamericana Teología* 21 [2004] 99-119, condensado en *Selecciones de Teología* 44 [2005] 255-268).

do las estrecheces culturales y religiosas en las cuales hubiera quedado encerrado si no hubiera sido capaz de quitarse el corsé que quiso imponerle la corriente más conservadora de la religión judía, también dentro del cristianismo. Por eso, autores como A. Salas han escrito un libro sobre el Apóstol con el título *Pablo de Tarso. El primer teólogo cristiano*, Madrid 1994.

Por otro lado, Pablo fue uno de los personajes más conflictivos de los inicios del cristianismo. En esto, estuvo muy en sintonía con Jesús, pues ya los máximos representantes de la religión judía se habían sentido profundamente amenazados por la actuación radicalmente liberadora y sorprendente de Jesús de Nazaret.

En cierto modo –y de ahí el particular interés que presenta la carta– podemos considerar Romanos como la carta magna del cristianismo de origen pagano, es decir, aquella gran corriente del cristianismo que, ya desde los inicios, no obligó a aceptar la religión judía como condición indispensable para poder formar parte del cristianismo. Pablo es el mejor representante y teólogo de esta tendencia. Por ello, y para comprender mejor lo que esto significa, es bueno que veamos primero, en síntesis, las grandes corrientes teológicas de las primeras iglesias cristianas que nos han quedado reflejadas en los escritos del Nuevo Testamento. De lo contrario, cuesta entender por qué Pablo tuvo tantos problemas dentro de las mismas iglesias cristianas.



«Los cristianos de procedencia judía, aferrados del modo más ortodoxo a la tradición paterna, no renunciaron al proselitismo, como ya se hacía en el judaísmo. Sin embargo, al igual que el judaísmo palestino, no se pensó nunca en una misión organizada de cara a los paganos. Su dogmática se lo prohibía. En Jesús veían al mesías que había de restaurar las dispersas tribus de Israel. Después de pascua se reunieron, al menos en gran parte, otra vez en Jerusalén, esperando como cosa inminente la reunificación escatológica del pueblo de Dios. Con este acontecimiento asociaban la peregrinación de todos los pueblos al monte de Sión, anunciada por los profetas, en donde se celebraría la exaltación de Israel, meta de la historia universal. Estos cristianos entendían su misión como un intento de restauración del propio pueblo, con el fin de que Dios, por medio de él, llevara a cabo su obra entre los gentiles. Usurpar la obra de Dios era inconcebible para ellos, pues su propio cometido era bien claro. La conversión de algún que otro pagano no quedaba excluida con esto; era más bien un presagio de lo que había de venir y Dios se había reservado para sí» (E. Käsemann, *La llamada de la libertad*, Salamanca 1974, p. 57).

Los orígenes del movimiento cristiano: la Iglesia «madre» de Jerusalén

En los comienzos del movimiento cristiano después de pascua, es decir, en los orígenes del cristianismo, hay que situar a la Iglesia de Jerusalén, que puede ser considerada como la Iglesia madre del resto de iglesias. Dicha Iglesia quedó constituida por los Doce y demás compañeros y compañeras de Jesús que, tras la aparición de Jesús resucitado a Pedro y al resto de los apóstoles, superaron la crisis que les provocó la muerte de Jesús. Gracias a la experiencia pascual, comprendieron mejor el significado del Maestro. Le proclamaron como Mesías y Señor; unos títulos muy significativos a la luz del Antiguo Testamento.

La experiencia pascual les llevó a reunirse, como comunidad, en Jerusalén, compartiendo la fe en espera del retorno de Jesús al fin del mundo, de acuerdo con las promesas del Antiguo Testamento, el cual anunciaba la venida y realización del *reino de Dios* en esta ciudad. En Jerusalén, pues, se constituyó la primera Iglesia cristiana. El grupo estaba formado por personas que habían seguido a Jesús ya en su vida pública, todas ellas judías, aunque en su mayoría eran galileos y de lengua aramea.

Muy pronto se incorporó a este núcleo el grupo de la familia de Jesús, sobre todo Santiago, el denominado «hermano de Jesús» (ver Gal 1,19; también 1 Cor 15,7 y Hch 15), que desempeñó en seguida un papel fundamental en la Iglesia de Jerusalén y en los orígenes de las iglesias cristianas. Según nos cuenta Lucas (Hch 2,46-47), este grupo inicial cristiano siguió viviendo dentro del contexto religioso judío, compartiendo aspectos fundamentales de la religión judía (como el templo y determinadas normas de pureza cultual). Con ello, pensaban ser fieles a Jesús, que había venido a cumplir las promesas del Antiguo Testamento, y confiaban que así lograrían la conversión de todo Israel a la fe cristiana.

Incorporación de los «helenistas» a la Iglesia de Jerusalén

Pronto se fueron convirtiendo también a la fe cristiana los judíos de lengua

griega, los denominados «helenistas», que vivían en Jerusalén, una ciudad bilingüe. Se reunían en sinagogas propias, en las cuales se leía el Antiguo Testamento en su traducción griega. Según nos cuenta Hch 6-8, este grupo cristiano, basándose en el valor expiatorio de la muerte de Cristo, relativizaba la ley cúllica y el templo judío (según Hch 6,13, habían quedado anulados con la muerte de Jesús en la cruz). Pronto los helenistas constituyeron un grupo relativamente numeroso en Jerusalén y crearon, con su praxis, ciertas dificultades a los judíos, sobre todo a los no cristianos, pero también al grupo inicial judío cristiano de lengua aramea. Pues al no guardar las normas de pureza legal, que capacitaban para convivir con los judíos piadosos y para participar en el culto judío, convertían a estos con su trato cotidiano en «impuros», es decir, los incapacitaban para vivir su praxis religiosa en el seno del judaísmo.

Los *helenistas*, condicionados por su lengua griega, se reunían en casas propias. En un momento determinado, y para evitar los problemas religiosos que comportaba la convivencia de este grupo más liberal con el que se acomodaba a las costumbres religiosas judías (normas de pureza legal), el grupo helenista se estructuró con líderes propios con el consentimiento de los Doce. Esto es lo que puede deducirse del relato de Hch 6,1-6, en el cual Lucas, por razones teológicas, procura disimular la tensión religiosa que subyace al conflicto entre los dos grupos, presentándolo como si se tratara de un problema «económico», causado por el hecho de que las viudas de los helenistas se sentían discriminadas. Lucas llama a estos líderes «diáconos».

Pero, de hecho, no fue así. Pues, como puede verse, si continuamos leyendo el texto de Hechos, tanto Esteban como Felipe se dedican a la predicación y a los sacramentos (Hch 7-8). Esta concepción teológica, que ponía en entredicho la distinción «cúllica» entre judíos y paganos, esencial para la fe judía tradicional, creó fuertes tensiones dentro de la Iglesia de Jerusalén. Y provocó la persecución con-

tra este grupo por parte de los judíos no cristianos.

De hecho, Esteban murió mártir (Hch 6,8-7,60). Por ello, los cristianos helenistas fueron perseguidos y tuvieron que abandonar Jerusalén. Lo sorprendente es que solo este grupo tuvo que abandonar Jerusalén, como puede verse en Hch 8,1 («Aquel día se desencadenó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria»). En este texto leemos, con sorpresa, que los apóstoles, que eran los líderes de la comunidad, pudieron quedarse en Jerusalén. Ello solo es explicable si no eran considerados como una quinta columna dentro del judaísmo y, por tanto, no fueron vistos como un peligro real para el judaísmo.

La misión a los paganos y el «concilio» de Jerusalén

El grupo helenista, obligado a emigrar, empezó a misionar la región que se encuentra al norte de Judea, Samaria. Y de allí pasó a Antioquía de Siria. En esta ciudad importante del imperio romano (como lo eran también Roma y Alejandría), se creó una comunidad de origen judío, pero abierta plenamente a los paganos. Estos ya no eran obligados a circuncidarse cuando se convertían. El Evangelio de Mateo sería, según opinión fundada de muchos especialistas, un buen testimonio de esta Iglesia.

Esta actitud abierta de la Iglesia de Antioquía hacia los paganos, sin obligarles a que se circuncidaran para formar parte así del pueblo judío como pueblo elegido por Dios, creó ciertas dificultades a esta Iglesia por parte de la Iglesia madre de Jerusalén.

En cambio, el hecho de que este grupo no obligara a los paganos a circuncidarse facilitó que el grupo de los «temerosos de Dios», es decir, aquellos que aceptaban la fe en Yahvé, los mandamientos morales y algunos preceptos rituales, pero no se circuncidaban, se convirtieran fácilmente al cristianismo. La nueva manera de vivir la

fe no les llevaba a ser considerados como creyentes «de segunda división» por el hecho de no circuncidarse y de no guardar toda la ley. Y les evitaba muchos conflictos, sobre todo si eran personas influyentes o ricas que participaban en la vida pública y social de su ciudad, pues la circuncisión obligaba a cumplir una serie de normas religiosas que no les permitían participar en muchos actos públicos del mundo social y religioso en el que se movían.

Esta actitud de la Iglesia de Antioquía provocó tensiones con los judíos, que vieron minado su influjo en la sociedad y que se escandalizaron por el hecho de que unos judíos cristianos no guardaran toda la ley. Su conducta cuestionaba la identidad judía, amenazada en un mundo hostil. Los vieron como una quinta columna del judaísmo, en unos momentos en los cuales el nacionalismo judío se hacía cada vez más virulento (se preparaba la guerra con Roma de los años 66-70).

Para resolver el conflicto se organizó un encuentro en Jerusalén entre los delegados de la Iglesia de Antioquía (Bernabé, Pablo y Tito) y la Iglesia de aquella ciudad, especialmente con sus figuras significativas o «columnas» (Santiago, Cefas, es decir, Pedro y Juan), como los denomina el Apóstol. Pablo cuenta este encuentro en su carta a los Gálatas (2,1-10). Es lo que a menudo se ha denominado el «concilio de Jerusalén». El concilio permitió llegar a un compromiso que posibilitó un cierto pluralismo dentro de las iglesias cristianas, sin que por ello se negaran la comunión entre ellas. En el encuentro se determinó, según Gal 2,7-9, que a Pedro le quedaba confiada la misión a los judíos, mientras que a Pablo la de los paganos.



Sobre el concilio de Jerusalén, el conflicto de Antioquía y el significado de dicha Iglesia para el cristianismo primitivo, merece la pena leer J. Becker, *Pablo*, pp. 11-144.

Las Iglesias paulinas y los conflictos eclesiales de Pablo

Con el concilio de Jerusalén no terminaron las tensiones dentro del cristianismo. Ya a comienzos de los años cincuenta, después del conflicto entre Pablo y Pedro en la comunidad de Antioquía que, mayoritariamente, apoyó a Pedro (como se puede ver leyendo Gal 2,11-14), aparecen las comunidades cristianas de origen pagano, de cuño paulino, totalmente críticas con la concepción judía (y judeocristiana «jerolimitana») de la ley de Moisés como camino de salvación. Ello provocó la oposición intransigente de los judaizantes radicales que fomentaron la lucha contra Pablo (ver Gálatas), pues sospechaban de su conversión (Gal 1,23). Y se oponían a su independencia en la misión a los paganos, puesto que le llevaba a fundar comunidades no sujetas a la ley de Moisés. Es verdad que el concilio de Jerusalén había legitimado la misión a los paganos en Antioquía (Gal 2,7-9). Pero no había acabado de resolver los problemas de convivencia entre los distintos grupos, por cuanto los más conservadores se sentían incapacitados para poder vivir coherentemente su fe judeocristiana, si los cristianos de origen pagano no guardaban un mínimo de normas de «pureza religiosa», cuando compartían las comidas o la eucaristía con ellos.

Como es obvio, después de un concilio en el que posturas contrapuestas se habían enfrentado, surgieron diversas interpretaciones del concilio de Jerusalén. Una de estas reinterpretaciones, que mezcla lo que sucedió en el concilio con lo ocurrido en la etapa posterior al concilio, la encontramos en el relato de lo ocurrido, que nos da Lucas hacia los años 90, en Hch 15.

Ante las interpretaciones diversas, es obvio que pronto se originase el conflicto. El primer conflicto lo encontramos en Antioquía. Fue provocado por el hecho de que judíos y paganos cristianos participaban en la mesa común (Gal 2,11ss). Según la normativa religiosa judía, quedaba «impuro», es decir, incapacitado para el culto, toda persona que en-

trara en contacto con una persona (la tocara, comiera con ella, etc.). O tocara un objeto que no cumpliera las normas de «pureza cultural» mínimas que eran obligatorias en el judaísmo (Mc 7,1-23). Por eso, los no judíos que quisieran compartir la vida con los judíos, debían cumplir un mínimo de normas culturales. (Hch 15,20 recoge estas normas mínimas de convivencia religiosa.) Y obligaron a Pedro, que al inicio había compartido la mesa sin problemas con los cristianos de origen pagano, tal como se había decidido en Jerusalén, a no seguir compartiéndola, provocando que Pablo le dijera a Pedro que su conducta «no se ajustaba a la verdad del evangelio» (Gal 2,14).

Como vamos a ver, la carta a los Romanos responde a este conflicto religioso e intenta dar pistas teológicas que resuelvan el problema y mantengan la unidad entre las distintas iglesias, pero sin traicionar la novedad que es propia del Evangelio de Jesús, el Cristo o Mesías esperado de Israel. Y respetando, por tanto, el pluralismo dentro de la Iglesia.



Después de este breve recorrido por la historia de las primeras comunidades cristianas se puede comprender la reflexión que realiza E. Käsemann sobre este período de la historia del cristianismo: «En la comunidad surgida después de la pascua hubo ya, por tanto, no solo diversos partidos, sino incluso diversas teologías. Tan opuestas eran estas que los judíos, conocedores del hecho, trataron de manera diferente a uno y otro grupo. Las tensiones entre dichas teologías rompieron la solidaridad en la persecución. Como consecuencia de esto se formó un nuevo centro del cristianismo en Antioquía y es aquí donde aparece por primera vez el nombre de “cristianos” (Hch 11,26). Los paganos daban este nombre a los que predicaban exclusivamente a Cristo y lo hacían, como Esteban, en el poder del Espíritu Santo. El templo y la ley eran cosas superadas para estos cristianos, en contraposición a los de Palestina, que seguían aferrados a ellas» (*La llamada de la libertad*, pp. 60s).

Dado el significado que, como hemos visto, tuvo Pablo en el seno del desarrollo de las primeras comunidades cristianas, vale la pena, pues, que intentemos introducirnos en el pensamiento de este teólogo genial y fundador de comunidades cristianas. Y lo procuraremos hacer con ayuda de su obra de madurez, la carta a los Romanos, que puede ser considerada, con razón, como su testamento espiritual y síntesis de su teología más específica.

4. Importancia y dificultad de la carta a los Romanos

Esta carta es, como he indicado antes, junto con los cuatro evangelios, la obra bíblica cuyo impacto ha sido mayor en las iglesias cristianas. Su lectura e interpretación configura la historia de dichas iglesias. Su comprensión adecuada constituye el corazón y la piedra de toque de todo diálogo ecuménico.

Pero pocos textos, no exclusivamente religiosos, sino también de la literatura universal, han sido tan difíciles de comprender y, por tanto, tan diversamente interpretados, como Romanos. En ello coinciden dos de los grandes comentarios a dicha carta, uno protestante y alemán, el otro católico y norteamericano, que se publicaron en el último tercio del siglo xx.

«La carta a los romanos no solo está llena de enigmas históricos, sino que es, además, una de las obras de pensamiento más difíciles de la literatura universal; especialmente porque se trata de estudiar un pensamiento dotado de una estructura tan inhabitual como difiere del mundo el evangelio que debe meditar» (U. Wilckens, *La carta a los romanos*, I, p. 10).

«Durante mi época de estudiante de teología en Eegenhoven-Lovaina, Bélgica, ojeé una vez el comentario a la carta a los Romanos escrito por M.-J. Lagrange (*Saint Paul: Épître aux Romains*) y leí cómo este famoso comentarista describía su primera aproximación a este difícil escrito paulino: “El primer contacto fue

abrumador” (Preámbulo, III). Esta breve constatación sobre su experiencia cuando intentó interpretar Romanos ha quedado clavada en mi mente desde entonces. Aunque he estudiado a menudo y explicado Romanos a lo largo de los años, sigo pensando que todo contacto con esta carta es *abrumador*. Desborda al lector por la densidad y sublimidad del tópico que trata, el evangelio de la justificación y salvación, tanto del judío como del griego, por gracia, a través de la fe en Cristo Jesús, revelando la rectitud y el amor de Dios Padre» (J. A. Fitzmyer, *Romans*, p. xiii).

¿Por qué resulta difícil leer Romanos?

A primera vista, los temas de la carta a los Romanos no parecen interesar hoy especialmente a un lector moderno. Parecen muy abstractos y especulativos, más aun, obsoletos. Sintonizan poco con los temas que preocupan a un hombre o a una mujer de hoy. A diferencia de lo que ocurría en tiempo de Lutero, no es la imagen de un Dios terrible lo que inquieta a nuestros contemporáneos. Ni el tema de la salvación religiosa parece interesar especialmente.

Más bien, lo que preocupa hoy son temas económicos, sociales y políticos. Por ejemplo, una globalización que sea realmente humanizadora, universalmente solidaria, democrática, y respetuosa con el medio ambiente; una globalización que erradique realmente la pobreza y la marginación. O una civilización que busque la paz con justicia, superando la recesión económica que amenaza al mundo. O un diálogo interreligioso que fomente la paz mundial y evite los fundamentalismos, cada vez más amenazantes para la convivencia humana. No podemos ignorar hoy que es escandaloso que el sufrimiento –la cruz– siga siendo el pan cotidiano de la mayor parte de la humanidad empobrecida y explotada. En este sentido, la realidad abrumadora del mal y del sufrimiento, sobre todo de los inocentes, sigue siendo el problema más acuciante y difícil de resolver para todo

creyente, ya que parece cuestionar, o bien la existencia, o bien el poder de un Dios que merezca el nombre de bueno y misericordioso.

Quizás aquí podríamos encontrar una primera vía de acceso actualizado a la carta a los Romanos. Pues la existencia de las víctimas (inocentes) sigue remitiéndonos, como creyentes, a la existencia y significado de la *cruc* de esta gran víctima de la historia que fue Jesús de Nazaret. Más aún, parece que la reflexión sobre el significado de la cruz de Jesús es algo irrenunciable, si queremos merecer el nombre de cristianos. Precisamente Pablo es uno de los pensadores que más nos ayuda a tomar conciencia de ello (1 Cor 1,17-25). Y la cruz está en el corazón de la reflexión teológica de Romanos. Pero no



Sobre el problema que el mal plantea a la teología, puede leerse A. Gesché, *Dios para pensar*. I. *El mal. El hombre*, Salamanca 1995, pp. 12-182; J. A. Estrada, *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*, Madrid 1997. También se pueden leer artículos más sencillos: A. Torres Queiruga, «La inevitable y posible teodicea», *Iglesia Viva* 225 (2006) 9-30, algunos accesibles en Internet: A. Gesché, «Pecado original y culpabilidad cristiana», *SelTeol* 21 (1982) 57-66; S. J. Duffy, «Tiniebla de corazones: una revisión del pecado original», *SelTeol* 29 (1990) 183-195; C. Duquoc, «El mal, enigma del bien», *SelTeol* 30 (1991); A. Gesché, «La teología de la liberación y el mal», *SelTeol* 33 (1994) 83-98; J. B. Metz, «Cómo hablar de Dios frente a la historia de sufrimiento del mundo», *ibíd.*, pp. 99-112; J. A. Estrada, «¿Desde el sufrimiento encontrarse con Dios?», *SelTeol* 39 (2000) 245-251; J. M. Busto, *El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Comillas, Madrid 1998 (cf. *SelTeol* 49 [2010] 28-44); A. Torres Queiruga, «Mal y omnipotencia. Del fantasma abstracto al compromiso de amor», *SelTeol* 38 (1999) 18-28. Las citas de *Selecciones* se pueden consultar gratuitamente por Internet y allí se encuentra la referencia del lugar original en el cual apareció el artículo.

resulta fácil hablar hoy de la cruz de Jesús, comprender su significado. Pablo, sin embargo, lo hace aun a sabiendas de la dificultad de la reflexión cristiana en este punto. Pues, como él mismo nos indica, «el lenguaje de la cruz, en efecto, es locura para los que se pierden; mas para los que están en vías de salvación, para nosotros, es poder de Dios» (1 Cor 1,18).

Pero no termina con la cruz el escándalo de nuestros contemporáneos y nuestra propia dificultad para creer. Hablar de *resurrección* de los muertos resulta hoy aún más incomprensible. Por ello, confesar que Cristo «ha resucitado para nuestra salvación» (Rom 4,24) provoca la incredulidad de nuestros contemporáneos (ya a los cristianos de Corinto, en tiempo de Pablo, les resultaba difícil creer en la resurrección de los muertos: ver 1 Cor 15,12ss). Sin embargo, como nota Pablo, esta fe en la resurrección es condición de posibilidad de una auténtica libertad cristiana en un mundo en el cual todos nacemos condicionados por el egoísmo y la insolidaridad, tanto a nivel personal como estructural. Por ello, «si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, tanto mi anuncio como vuestra fe carecen de sentido» (1 Cor 15,13-14). Pues «por el bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando asimilados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva» (Rom 6,3-4). Entre otras razones, la resurrección de Jesús es tan importante porque muestra que Dios le dio la razón a Jesús, una víctima de los poderes constituidos de este mundo, frente a sus victimarios, convirtiéndose así en fuente de esperanza para las innumerables víctimas de la historia.

La dificultad por comprender a Pablo, sin embargo, no debería desanimarnos, sino todo lo contrario. Pues si bien es verdad que hay infinitas interpretaciones de Romanos a lo largo de la historia de la Iglesia, no por ello hemos de caer en un relativismo total de las interpretaciones, o en el desánimo sobre la posibilidad de

encontrar una interpretación adecuada de la carta. De hecho hoy, y gracias sobre todo a la utilización por parte de los especialistas de los métodos científicos histórico-críticos (recomendados por la Pontificia Comisión Bíblica en su documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de 1993), es posible una lectura ecuménica de la carta, compartida por las grandes iglesias cristianas.

Pero es innegable que la pluralidad de interpretaciones plantea una dificultad seria a los lectores de Romanos, ya que no resulta fácil poder orientarse en este mar de interpretaciones.

Esta guía de lectura quiere ayudar a encontrar puntos de referencia sólidos que permitan orientar adecuadamente la lectura de la carta a los Romanos. Por otro lado, hoy nos resulta más fácil de comprender que el pluralismo de las interpretaciones nos propone, a la vez, un reto y una posibilidad de enriquecimiento. Pues conviene no olvidar que, en el fondo, se trata de una pluralidad sana, enriquecedora, que viene condicionada por el hecho de que al ser, en cuanto palabra auténticamente humana, una obra de arte valiosa (uno lo podrá comparar a textos como el *Quijote* o al *Guernica* de Picasso o a *Las bodas de Fígaro* de Mozart), su riqueza de contenido da pie a numerosas interpretaciones, ya que ninguna de ellas es capaz de agotar toda la riqueza del texto. Pues cuanto más rica es la experiencia humana, artística, religiosa, que expresa, tanto más difícil de comprender resulta en toda su profundidad. A ello se suma, para el lector creyente, el hecho de ser «palabra de Dios». Por tanto quiere expresar el ser de Dios en su honda profundidad, con lo cual nos vemos confrontados con una cierta barrera del lenguaje, por cuanto Dios, por hipótesis, siempre es mayor de lo que podemos pensar y formular.

Con todo conviene señalar que, en principio, la carta a los Romanos, como toda obra literaria, es comprensible a cualquier persona, creyente o no, que se interese por su contenido, sobre todo si

conoce mínimamente los presupuestos culturales, sociológicos e históricos desde los cuales Pablo ha escrito su carta. La presente guía de lectura intentará facilitar esta tarea para los que no estén familiarizados con dichos presupuestos y con este tipo de literatura religiosa cristiana, escrita hace casi dos mil años en una cultura y en una lengua que ya no son las nuestras.

Romanos, un texto escrito desde la fe

Pero, por otro lado, conviene tener presente que Pablo ha escrito la carta desde una experiencia creyente determinada. Y la ha dirigido a unas personas a las cuales quiere ayudar a profundizar en su fe. En este sentido, la persona creyente es la destinataria privilegiada del escrito.

A la persona creyente –y en la medida, sobre todo, en que lo acepte como auténtica palabra de Dios o comunicación (revelación) de Dios a los seres humanos–, Romanos la confronta con una honda experiencia espiritual que le exige una conversión. Le pide un cambio radical en el modo de pensar y de ser, por cuanto pone de manifiesto unos valores peculiares que no resultan obvios –hoy menos que nunca en un mundo neocapitalista.

A modo de ejemplo podemos mencionar temas como la gratuidad, la fe-confianza radical en Dios, el valor perenne de la cruz como solidaridad con los crucificados de la tierra y como denuncia de las estructuras y opciones personales injustas –Pablo los llama «pecado»–, el aceptar la salvación como «justificación del impío» y no como un premio para los buenos, el ver a Dios como la fuerza que resucita a los muertos, etc.

A este tipo de lector creyente conviene recordarle que, en último término, Romanos ha sido inspirado por el Espíritu de Dios y que, por tanto, es en un clima de oración donde el texto de Pablo puede ser comprendido en su profundidad más honda, sabiendo, con Pablo, que «el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es

debido» (Rom 8,26). La presente guía de lectura quiere facilitar también, con ayuda de una buena información, que el que quiera rezar, meditar, este texto se ponga de veras a la «escucha de la palabra de Dios», que nos habla dónde, cuándo y cómo quiere. Pero lo hace, de modo especial, en los textos que Él mismo ha inspirado.

Romanos, un texto de innegable valor ecuménico

Romanos tiene un gran valor ecuménico, pues fue un escrito clave para Lutero y para la Reforma y la Contrarreforma. De hecho, en sus inicios esta carta sirvió para justificar la separación de las iglesias denominadas «evangélicas», o «protestantes», de la Iglesia denominada «católica». Hoy, en cambio, constatamos con gozo que Romanos es más bien motivo de encuentro ecuménico, por cuanto los comentarios ecuménicos, cada vez más numerosos, y las reflexiones teológicas sobre la carta, han mostrado que dicho escrito no da pie a una separación de las iglesias en base a su texto.

5. Situación de Pablo cuando escribe la carta a los Romanos

El escrito que vamos a intentar comprender tiene una forma literaria concreta. Es una carta. Ciertamente con unas características muy especiales, pues parece más bien un tratado teológico, un «manifiesto», por su extensión y contenido. Pero ello no quita que Pablo la haya escrito como carta real y que, por tanto, se haya acomodado a las exigencias literarias de las cartas.

Para poder comprender mejor el significado de una carta, es muy importante e iluminador poder conocer quién es el *personaje que la escribe* (su personalidad, la situación concreta que vive cuando escribe, el motivo que le ha llevado a escribir, etc.) y *los destinatarios de la carta* (mundo en el que viven, problemas que

tienen, relación con el que envía la carta). Sobre el *autor*, y sobre el motivo que le lleva a escribir la carta a los Romanos, estamos bastante bien informados, gracias a la misma carta y al conjunto del Nuevo Testamento. Pablo mismo indica en la carta los motivos que le han llevado a escribirla. En cambio, sobre la *comunidad eclesial de Roma* disponemos de pocos datos, aparte de los que proporciona la misma carta.

¿Quién era Pablo? Conocemos de él varias cosas, sobre todo por sus cartas auténticas, que son la fuente de información más fidedigna sobre él. También los *Hechos de los Apóstoles* lo convierten en el protagonista de la mayor parte de sus capítulos. Pero en Hechos hemos de tener en cuenta que la obra fue escrita unos treinta o cuarenta años después de la muerte de Pablo y que, aunque su información es interesante y bastante cercana a Pablo, ha de ser controlada con ayuda de las investigaciones históricas.

Según la tradición que recoge Hechos (9,11; 21,39; 22,3), Pablo nació y, en parte, vivió, en Tarso de Cilicia, una ciudad ubicada al sur de la actual Turquía y cercana a Siria. En esta ciudad recibiría una buena educación helenista (muchos piensan que ello le dio conocimientos de la retórica griega y que ello se manifiesta en sus cartas). Según él mismo nos cuenta (Flp 3,5; Rom 11,1; 2 Cor 11,22), Pablo era un «israelita» a carta cabal («hebreo, hijo de hebreos») y, más en concreto, de la tribu de Benjamín. Por ello uno de sus nombres, según indica Hechos (p.ej. en 7,58; 8,1.3; 26,14), era *Saulo*. El que se denomine a sí mismo «hebreo, hijo de hebreos» hace pensar que Pablo dominaría también la lengua aramea (¿y la hebrea?). En este sentido, sería un hombre bilingüe, lo cual le prepararía para poder hacer de puente entre las dos corrientes cristianas judías de los inicios: la de los «hebreos» y la «helenista».

Según una tradición que recoge Hechos (22,3), pero que algunos cuestionan, estuvo de niño en Jerusalén, donde tuvo uno de los más famosos maestros fari-

seos, Gamaliel I. En todo caso, su participación activa en el culto de la sinagoga le permitió conocer los procedimientos rabínicos que se utilizaban para interpretar el Antiguo Testamento.

Según Hch 16,37s; 22,25-29; 23,17 –una tradición que algunos cuestionan al ver lo mucho que Pablo tuvo que padecer por parte de las autoridades romanas–, Pablo sería ciudadano romano y gozaría, por tanto, de los privilegios que este hecho comportaba.

Pablo se ganaba su sustento con un trabajo manual (ver 1 Tes 2,9; 1 Cor 4,12; 9,1.18; Hch 20,34) –algo que no era mal visto entre los rabinos–. Por lo que parece, trabajaba la lona y era, quizás, «fabricante de tiendas de campaña» (Hch 18,3). Era un trabajo que podía hacer en distintos lugares (en cambio, Pedro, como pescador, lo tenía más difícil, si quería vivir de su trabajo durante su misión en el interior de los países). Y le permitía, a la vez, poder conversar con la gente que pasaba por su lugar de trabajo.

Por lo que se refiere a su vivencia religiosa, Pablo nos dice de sí mismo: «fui circuncidado a los ocho días de nacer, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo por los cuatro costados, fariseo en cuanto se refiere al modo de entender la ley, perseguidor de la Iglesia, si hay que presumir de celo por la ley, e irreprochable en cuanto a su cumplimiento se refiere» (Flp 3,5-6). Era, por tanto, un hombre profundamente religioso desde su niñez gracias a la familia a la que pertenecía. Y estaba tan convencido del valor religioso del judaísmo, que llegó a perseguir a los judíos cristianos que no aceptaban la interpretación judía de la ley (1 Cor 15,8-11).

¿Cómo un judío tan convencido de su fe pudo convertirse en el gran misionero y teólogo cristiano?

Pablo mismo nos lo cuenta en sus cartas. La *transformación o conversión radical* fue fruto de una acción imprevista, totalmente gratuita, de Dios, que cambió drásticamente su modo de ver y vivir la fe. Pablo mismo cuenta el hecho de distintas

maneras en sus cartas (1 Cor 9,1; 15,8-11; Gal 1,11-27; Flp 3,7-14). Y una versión más épica de este acontecimiento la narra Lucas, por triplicado, en Hch 9,1-19; 22,3-16; 26,2-20.

Se ha discutido si se puede hablar de una *conversión*, por cuanto Pablo no abandonó jamás sus raíces religiosas judías. Pero pasó de ser un perseguidor de la Iglesia a ser uno de los adalides más grandes del cristianismo, cuando el judaísmo lo expulsó de su seno. En todo caso, fue una *vocación*, una llamada de Dios (en Gal 1,15 cuenta su experiencia utilizando palabras que en Is 41,9 y Jr 1,5 expresan la vocación de estos profetas). Pablo expresa también esta vivencia con una palabra técnica (*ôphthê*, «se apareció»), que en el cristianismo primitivo se utilizaba para las *apariciones de Jesús resucitado* a los apóstoles (1 Cor 15,5.7). Por ello, la aparición del resucitado le convirtió, por un lado, en *Apóstol*, es decir, en columna de la fe cristiana. Y, por otro, le dio una misión que Pablo cumplió, aun a riesgo de su vida, a partir de este momento: llevar el evangelio a los pueblos paganos, sin obligarles, por ello, a convertirse también en judíos por la circuncisión y el cumplimiento de las normas de pureza cultural, que exigía el judaísmo de sus prosélitos y simpatizantes (Gal 1,15s).

Fue una *experiencia espiritual* muy honda que le transformó radicalmente, pues fue una revelación de Dios (Gal 1,16), que cambió de raíz su modo de comprender la fe judía. Sobre todo, le llevó a caer en la cuenta de que el amor y las actuaciones de Dios a lo largo de la historia no son mérito propio, sino consecuencia del amor gratuito de Dios (Gal 1,15: «me llamó por su gracia»). Y esta experiencia implicó un cambio radical de valores, lo cual le llevó a decir: «Por él [Cristo] he sacrificado todas las cosas, y todo lo tengo por estiércol con tal de ganar a Cristo y vivir unido a él con una salvación que no procede de la ley, sino de la fe en Cristo, una salvación que viene de Dios a través de la fe» (Flp 3,8b-9). Es, pues, desde la perspectiva religiosa, que



Para comprender mejor lo que debió significar para Pablo su experiencia pascual, vale la pena leer X. Léon-Dufour, *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, Salamanca 1973, pp. 93-109.

le proporcionó a Pablo su experiencia del resucitado, camino de Damasco (Hch 9,2ss), que conviene leer la carta a los Romanos.

Situación de Pablo según Rom 1,1-15 y 15,14-33

Antes de empezar a leer la carta, conviene que tomemos conciencia de la situación que vive Pablo cuando la escribe. Para ello nos ayudará leer con atención tanto la introducción de la carta (Rom 1,1-15) como su final (Rom 15,14-33), pues en ellos Pablo explica lo que le preocupa en este momento y lo que le ha motivado a escribir Romanos.

La mayoría de estudiosos del tema coinciden en afirmar que Pablo redacta la carta a los Romanos, probablemente en el invierno del año 56/57, en Corinto. En esta ciudad existe una comunidad con la que el Apóstol mantiene profundas relaciones por haber sido fundada por él. En Corinto, Pablo permaneció unos dos años a los comienzos de su misión a los paganos, una vez se independizó de la comunidad de Antioquía, tras el conflicto con Pedro y Bernabé. Este fue ocasionado por el hecho de que Pablo no quiso ceder a las presiones teológicas, que le hubieran llevado a tomar una postura más contemporizadora con las corrientes judaizantes, provenientes de la comunidad madre de Jerusalén (Gal 2,11ss).

Por otro lado, las dos cartas a los Corintios son un buen testimonio de los problemas de dicha comunidad portuaria y de las preocupaciones que causó a Pablo (leer 1ª Corintios). La comunidad estuvo a punto de romper con Pablo (leer 2ª Corintios, sobre todo los caps. 10-13).

Pero cuando Pablo escribe Romanos, el Apóstol acaba de reconciliarse con di-

cha comunidad (leer 2 Cor 1,12-2,13 y 7,5-16). Pablo vive, por tanto, un momento de tranquilidad y de cierto gozo en su labor pastoral, tan a menudo conflictiva (leer 2 Cor 10-13; Flp 3), pues, con frecuencia, ha estado sembrada de persecuciones y fracasos, como los que parece presuponer la carta a los Gálatas. Ello explicaría que, mientras la carta a los Gálatas, que trata temas semejantes a los que encontramos en Romanos, tiene un tono profundamente polémico, nuestra carta tiene un tono enormemente conciliador, incluso con los posibles adversarios. De hecho, se esfuerza por dialogar con el posible interlocutor judío y propone una solución conciliadora al conflicto entre los diversos grupos religiosos (Rom 14,1-15,13). Se nota que, al final de su vida, el Apóstol ha ganado en humildad y en capacidad de diálogo, tanto más que en Corinto no ve ahora amenazada su forma de predicar el evangelio.

Pablo dicta la carta a Tercio (Rom 16,22) durante varios días. Se encuentra en casa de Gayo (Rom 16,23, ver 1 Cor 1,14). Está allí de paso, pues se ha de encaminar hacia Jerusalén para entregar la colecta de solidaridad y comunión que las comunidades paulinas han realizado a favor de los pobres de aquella Iglesia (Rom 15,25-28).

El Apóstol se encuentra en un momento crucial de su vida. Quiere dejar el mundo conocido del oriente, porque considera que se ha acabado allí su campo de trabajo (Rom 15,23). Quiere irse al oeste, a España (Rom 15,24.28), un mundo cultural y lingüísticamente desconocido para él.



Sobre los problemas de Pablo con la comunidad de Corinto, puede leerse J. Becker, *Pablo*, pp. 263-289. Una exposición más sucinta puede verse en W. Marxsen, *Introducción al Nuevo Testamento*, Salamanca 1983, pp. 87-92; J. J. Bartolomé, *Pablo de Tarso*, Madrid 1998, pp. 183-198.

Para ello necesita, por un lado, el apoyo logístico de la comunidad de la capital del Imperio, Roma (Rom 15,23-24). Y, por otro, ello le impulsa a replantearse, a fondo, «su evangelio», por cuanto este cambio de escena le obligará a una nueva inculturación de su predicación en un mundo y en una cultura que desconoce.

Pero hay algo que para él, Apóstol y misionero de los paganos, es aun más importante en este momento. Está a punto de subir a Jerusalén (Rom 15,25-29) para garantizar la salvaguarda de algo que para Pablo es irrenunciable para toda comunidad o iglesia cristiana: la unidad de todas las iglesias (como había subrayado en 1 Cor 1,10ss, Cristo no puede estar dividido, ni tampoco, por tanto, los que forman su cuerpo, según Rom 12,3-8). Por ello quiere llevar personalmente a la comunidad cristiana de Jerusalén –que es considerada como la madre de todas las iglesias cristianas, porque allí se originó la primera Iglesia y de allí partió la misión cristiana– la colecta de las iglesias paulinas de Macedonia y Acaya, que son comunidades de fundación paulina y de origen pagano (cf. Rom 15,25-32), pues se lo habían pedido en el encuentro de Jerusalén (cf. Gal 2,10) y es señal de comunión de sus iglesias, de origen pagano, con la Iglesia madre de Jerusalén.

Pablo lleva tras de sí una amplia experiencia de las tensiones que ha originado su modo de predicar el evangelio, libre de la ley, sobre todo en la Iglesia de Jerusalén (ver Gal 1,6-9). Por ello tiene miedo de que la Iglesia de Jerusalén no acepte la colecta, lo cual implicaría que rechaza el evangelio de Pablo y la comunión con las iglesias que lo viven. Por esto Pablo lleva personalmente la colecta y pide a los romanos que oren para que la Iglesia de Jerusalén acepte la colecta

(Rom 15,31b) y que él mismo escape a las asechanzas «de los que en Judea se oponen a la fe» (Rom 15,31a).

Consciente de las dificultades que comportaba su modo de predicar el evangelio, Pablo ha reflexionado, sin duda, muy a fondo sobre la manera cómo puede presentar su modo de anunciar el evangelio a los judíos de Jerusalén, cristianos o no. Tiene la esperanza de que una presentación adecuada de «su» evangelio pueda facilitar la aceptación (o por lo menos la tolerancia) del mismo. Esta reflexión a fondo de su teología, para preparar su posible defensa ante la comunidad madre de Jerusalén, queda reflejada en Romanos.

Se comprende que Pablo pida oraciones para que no caiga en manos de los judíos no cristianos, que eran enemigos acérrimos de Pablo, ya que le veían como una quinta columna del judaísmo que cuestionaba y desmontaba lo que para ellos eran sus privilegios religiosos. Sabe que de ellos no puede esperar nada bueno para él.

Pero sorprende que pida también oraciones para que la Iglesia madre de Jerusalén le acepte la colecta, que le lleva de parte de las comunidades fundadas por él (Rom 15,30-32). Muy mal debía ver él el panorama y la actitud que podía tomar la comunidad de la Iglesia de Jerusalén, si se atreve a expresar tan claramente su miedo de que allí no le acepten la colecta. Pues ello significa que Pablo teme que la Iglesia de Jerusalén prefiera pasar estrecheces antes que aceptar una colecta que implicaría aceptar la comunión con las iglesias fundadas por Pablo. De hecho, según el historiador judío Flavio Josefo (cf. *De bello Judaico* 2,408s), antes de la guerra judía contra Roma, que comenzó el año 66 d.C., había habido una gran discusión en el seno del judaísmo sobre si se podían recibir o no limosnas de los paganos (p.ej. las subvenciones del imperio romano para el templo de Jerusalén). En el mismo sentido, la *Tosefta* (Sot. 14,10) atribuye al rabino Johanan ben Zakai una actitud negativa frente a



Sobre el significado de la colecta, puede verse Wilckens, *Romanos*, I, pp. 60-65; y II, pp. 470-477; así como Becker, *Pablo*, pp. 311-313; y Bartolomé, *Pablo*, pp. 112-113.



Los argumentos que confirman que, cuando Pablo escribe Romanos, está pensando muy particularmente en su ida próxima a Jerusalén (y en los problemas que le aguardan allí; pueden verse en S. K. Williams, «The “Righteousness of God” in Romans», *Journal of Biblical Literature* 99 [1980] 247-248). De hecho en 1 Cor 16,1-4 parece que Pablo no pensaba llevar personalmente la colecta; si cambió de pensamiento, sería porque sabía que esto le crearía problemas: tendrá que mostrar que *su evangelio no es incompatible con la ley* de Moisés o con el propósito de Dios; y que la inclusión escatológica de los paganos no implica el que Dios hay abandonada a Israel. Este tema, como veremos, dominará Rom 9-11.

las ofrendas de los paganos. Esto ayuda a comprender por qué los judíos cristianos de Jerusalén podrían haber tomado también una actitud negativa frente a la ayuda económica de los cristianos procedentes del paganismo.

Estas dos razones –el comienzo de la misión en las regiones nuevas de Occidente y, sobre todo, la preparación de la defensa de su modo de enseñar y de vivir el evangelio para que sea aceptado por la Iglesia de Jerusalén y no se rompa la comunión entre las diversas iglesias cristianas– explican que la carta a los Romanos esté tan bien pensada y que no refleje el tono polémico de la carta a los Gálatas, sino que sea conciliadora.

A este tono conciliador y dialogante, pero sin renunciar en nada a la coherencia y verdad (ver Gal 2,11-14) de su evangelio, contribuye también, en tercer lugar, como Pablo mismo indica en la introducción (Rom 1,8-15) y final de la carta (Rom 15,14-33), el hecho de que Pablo no haya fundado la comunidad de Roma, que es, no lo olvidemos, la iglesia de la capital del imperio. Este hecho obliga al Apóstol a procurar ganarse la benevolencia de esta comunidad y a justificar por qué, sin ser su fundador, va a ir a ella (Rom 15,20-21). O por qué ha tardado tanto en ir a Roma, supuesto que en el

denominado «concilio de Jerusalén» (Gal 2,7-9) le había confiado a Pablo la misión entre los paganos (Rom 1,11-15 y 15,15-19.22-24), al igual que a Pedro la de los judíos. Y en Roma había muchos cristianos de origen pagano, como explicaremos a continuación.

De paso, Pablo espera con este escrito contrarrestar la propaganda negativa que los judaizantes hayan podido hacer contra él y ganarse así la confianza de los cristianos de Roma. Para facilitar aun más esta aceptación por parte de los destinatarios de su escrito, Pablo, en el saludo extraordinariamente largo (como puede verse si se lo compara con el saludo que leemos en su primera carta, 1 Tes 1,1) con que introduce la carta (Rom 1,1-7), incorpora una confesión de fe cristiana antigua –su estilo y su vocabulario muestra que no es de cosecha paulina– que da prueba de que comparte la misma fe que sus destinatarios (cf. Rom 1,3-4).

Con dicha confesión cristiana antigua, después de subrayar que su evangelio es el fiel cumplimiento de lo que Dios «había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas» (Rom 1,2), Pablo espera captarse la benevolencia de la comunidad de Roma.

6. La comunidad de Roma

Poco conocemos de ella en el momento en el cual Pablo les escribe su carta, probablemente en el invierno del año 56/57.

De todos modos, el capítulo 16, que contiene las recomendaciones de perso-



Los especialistas discuten si el capítulo 16 formaba parte o no, originalmente, de la carta a los Romanos o bien iba dirigido, inicialmente, a otra comunidad paulina (concretamente a la de Éfeso). Se pueden ver las razones que me inclinan a pensar que formaba parte de Romanos en el comentario al cap. 16, p. 343. Cf. también Wilckens, *Romanos*, I, pp. 35-41.

najes concretos y los saludos de Pablo a personajes significativos de la comunidad, nos puede dar pistas sobre cómo era la Iglesia de Roma.

Por los datos que nos da Pablo a lo largo de la carta, se trataría de una comunidad con una clara mayoría de origen pagano (Rom 1,5-8.13; 11,13.17; 15,7ss.15-24; también 9,3-5; 10,1-3; 11,25-32), fundada, probablemente, por misioneros cristianos judíos helenistas, poco conocidos. Esto habría abierto la puerta a que los paganos pudieran formar parte de la comunidad, como en Antioquía.

El que los cristianos de origen pagano sean ahora mayoría, se debería a que, según nos cuenta Suetonio en su *Vida de Claudio* 25, este emperador expulsó a los judíos –cristianos o no– de Roma el año 49, porque «impulsados por un tal Cresto continuamente organizaban disturbios» (seguramente se refiere a Cristo –el nombre «Cresto» en vez de «Cristo» se encuentra testimoniado varias veces en los escritos de la época–, al que consideraría, equivocadamente, un jefe judío, causante personal de los conflictos). Probablemente se trataría de un conflicto entre judíos y cristianos de origen judío. Sería semejante al que se dio en Jerusalén según Hch 6–8. O a los que tuvo Pablo con las sinagogas en las ciudades que misionó. En todas partes eran los cristianos judíos helenistas los que provocaban los disturbios, ya que solo ellos podían entrar en las sinagogas. Por esto Claudio pensó que se trataba de un conflicto judío y quiso evitarlo expulsando a los judíos de Roma. Con ello se quedaron en la ciudad fundamentalmente los cristianos de origen pagano, que tuvieron que organizarse ante la nueva situación. La orden de expulsión se debió dar hacia el año 49.

Cuando Claudio revocó el edicto hacia el año 54 (algunos piensan que lo hizo Nerón al comienzo de su reinado), los judeocristianos pudieron regresar a Roma. De hecho, por los saludos que da Pablo en 16,3ss (cf. Hch 18) se ve que Aquila y Prisca, judeocristianos de la línea paulina, habían regresado a Roma



Wilckens, *Romanos*, I, p. 93, recoge bien el interés que tiene Pablo en preparar su visita a las comunidades de Roma: «No era seguro que, después de todos los dimes y diretes que sobre este discutido apóstol se habían escuchado en Roma, los cristianos de este lugar se sintieran felices por su venida y que al menos los judeocristianos de allí no se comportaran de manera sumamente escéptica respecto de él y que las tensiones existentes allí entre “fuertes” y “débiles” no se enconaran aún más por su venida. Pero ¿cómo defender sin compromisos desleales, en su situación de dirigente tan discutido y atacado de un ámbito parcial de la Iglesia, su propio conocimiento de la verdad del evangelio y contribuir al mismo tiempo –¡pero precisamente así!– a la unidad de la Iglesia? Y esto en unas circunstancias en las que poderosas fuerzas estaban trabajando para lograr que en vez de conseguir una unión se produjera una ruptura con este apóstata y tentador. Cuestiones como estas surgieron una y otra vez en la historia de la Iglesia, sobre todo en el tiempo de la Reforma. Entonces terminó por desmoronarse la unidad eclesial, a pesar de que ambas partes tenían voluntad de mantenerla, porque se sintió la necesidad de atacarse recíprocamente la posesión parcial en la verdad del único evangelio. En la hora actual, cuando tanto la parte protestante como la católica tienen una voluntad fuerte y perseverante de caminar hacia la unión ecuménica de las iglesias separadas, pero cuando se mantienen también fuertes reservas y, en parte, enemistad, es de sumo interés percibir, en el esfuerzo común por entender la carta a los Romanos, cómo trató Pablo de superar la situación problemática de entonces».

sin problema. Pero los que regresaron se encontraron con una comunidad marcada claramente por los cristianos de origen pagano, bastante bien organizada y consciente de su fuerza. Cuando Pablo escribe la carta sabe que los cristianos de origen pagano, de la línea más liberal, eran los que marcaban el tono de la comunidad. Por eso la carta está dirigida a ellos (Rom 1,5s.13; 11,13ss; 15,15s). Pero

sabe también que hay numerosos cristianos de origen judío, como consta no solo por Rom 16, sino también por Rom 4,1, donde Pablo habla de «nuestro padre según la carne», o por el «nosotros» de Rom 9,24. Con su carta Pablo pretende, entre otras cosas, mediar entre ambos grupos y evitar la división de la Iglesia (estas preocupaciones ya las había manifestado claramente en 1 Cor 1,10-17). Estas inquietudes aparecen sobre todo en Rom 11 y 14.

Al escribir la carta, Pablo da por supuesto que sus oyentes o lectores están familiarizados (sean de origen judío o no) con el Antiguo Testamento. Y para ello utiliza a menudo la traducción griega denominada de los Setenta (LXX). Por otro lado, para toda comunidad cristiana

el Antiguo Testamento sigue siendo su Biblia. Y Pablo tiene mucho interés por argumentar desde el Antiguo Testamento, pues por su experiencia personal sabe que los cristianos que quieren que el cristianismo mantenga la religión judía como referente necesario, pueden ser los adversarios de su teología. Por eso, a menudo en su carta argumenta dialogando con un supuesto interlocutor judío. Y puede dar por supuesto que las numerosas sinagogas judías en Roma podían entrar en diálogo o controversia con los cristianos.

A diferencia de lo que ocurre en Corinto o Tesalónica, parece que los cristianos de Roma, quizá por ser más numerosos, o por no disponer de un fundador con clara personalidad que hubiera dado su impronta eclesial a la comunidad, no tienen tanta conciencia de que constituyen una sola Iglesia, ni disponen de un lugar donde pudieran reunirse los diversos grupos. La comunidad cristiana se reuniría normalmente en diversas iglesias domésticas (cf. Rom 16,3-5.13-15), que no vivirían aisladas unas de otras, pues Pablo se dirige a todas. Pero sí tendrían una cierta autonomía. Quizás la discusión entre los *fuertes* y los *débiles* refleje las diferencias entre distintas iglesias domésticas de Roma.

No es fácil saber hasta qué punto Pablo conocía bien la situación de la Iglesia de Roma. Pero, si como parece más probable, el cap. 16 formaba parte de la carta original mandada por Pablo a Roma, de ello se deduce que conocía a suficiente gente –sobre todo al matrimonio Aquila y Prisca– como para que gozara de una buena información sobre la comunidad. En este caso, lo que dice sobre los fuertes y los débiles en Rom 14 hace pensar que Pablo quiere contribuir, con su escrito, entre otras cosas, a la paz y mutua comprensión entre ambos grupos. Aprovecha el prestigio del que goza entre los «fuertes» para llevarles a comprender la situación de los «débiles» y así evitar que caigan en el pecado radical del orgullo. Algunos interpretan la tensión entre ambos grupos como una discusión entre cristianos fieles a la ley y cristianos libres



Un estudio reciente sobre el cristianismo romano de la época de Pablo lo encontramos en P. F. Esler, *Conflicto e identidad en la carta a los Romanos. El contexto social de la carta de Pablo*, Estella 2006. Para poder conocer mejor el mundo paulino o entorno histórico-cultural en el que hay que ubicar la carta a los Romanos, vale la pena leer, sobre todo, W. A. Meeks, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca 1988; R. E. Brown y J. P. Meier, *Antioch & Rome: New Testament Cradles of Catholic Christianity*, Nueva York 1983. Pueden leerse también los artículos dedicados al mundo paulino en G. Theissen, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Salamanca 1985; y M. Y. McDonnald, *Las comunidades paulinas. Estudio socio-histórico de la institucionalización en los escritos paulinos y deuteropaulinos*, Salamanca 1994. Más sencillo es A. Cothenet, *San Pablo en su tiempo*, Estella 1988. Sobre el mundo helenístico y el imperio romano en general, puede leerse lo que varios autores publican en A. George y P. Grelot (eds.), *Introducción crítica al Nuevo Testamento*, Barcelona 1983, vol. I, pp. 43-236. Wilckens, *Romanos*, I, pp. 48-60 (situación de Roma); G. H. Visscher, *Romans 4 and the New Perspective on Paul*, Nueva York 2009, pp. 71-97.

de la ley, pues si la comunidad no constara de cristianos de origen judío y pagano, no se explicaría la insistencia en la controversia con la sinagoga y en que el evangelio vale para judíos y paganos (Rom 1,17; 3,29s; 4,9ss).

7. Romanos, ¿sigue teniendo actualidad?

En un mundo posmoderno, poco interesado por las grandes cuestiones filosóficas y teológicas, nos hemos de plantear ahora, hacia el final de esta introducción, si el tema de Romanos sigue siendo actual hoy. Pues la pregunta que acuciaba a Lutero, ¿cómo conseguir un Dios misericordioso, benevolente?, no parece interesar en el momento presente. De hecho, la pregunta de Lutero estaba motivada, en buena parte, por el sufrimiento que le había comportado su esfuerzo por lograr cumplir adecuadamente, como monje piadoso que era, lo que pensaba que le exigía Dios. Un Dios que él consideraba como severo y que reflejaba más los rasgos del propio padre que los del Padre bueno y misericordioso revelado por Jesús (cf. Lc 15). Pues era, y se sentía, humano, débil en cuanto a las posibilidades de alcanzar la perfección.

Pero esto no es lo que preocupa hoy a nuestros contemporáneos. Más bien, en un mundo tan injusto como el nuestro,

en el cual las distancias entre los países ricos y los más pobres van aumentando, y en el cual el hambre, la enfermedad, la marginación, la exclusión y la violencia se cobran tantas víctimas, parece que la pregunta que interesa es la de *cómo obtener «un prójimo (sobre todo el pobre, el empobrecido, marginado) benevolente»*. O en formulación de E. Tamez, *¿cómo conseguir un mundo justo?, ¿cómo ser nosotros misericordiosos?* O, como mínimo, podríamos preguntarnos cómo ser hoy solidarios con los empobrecidos, los marginados y excluidos por nuestro mundo globalizador.

Pero estas no parecen ser, por lo menos a primera vista, las preguntas de Pablo en Romanos. ¿Vale la pena, entonces, que nos esforcemos tanto por descifrar su mensaje? ¿Qué actualidad puede tener para nosotros hoy un texto como el de la carta a los Romanos?

El reto que me propongo en esta guía de lectura es mostrar que una lectura reflexionada de Romanos nos ayuda a encontrar respuesta a preguntas que hoy también nos planteamos (o deberíamos plantearnos). Y, ahondando en su com-



Esta cuestión, que tanto preocupa a la teología de la liberación, la plantea muy bien E. Tamez, *Contra toda condena. La justificación por la fe desde los excluidos*, Costa Rica 1991. Su libro ayuda a comprender la cuestión de la justificación por la fe desde una perspectiva liberadora latinoamericana y muestra, a la vez, cómo también desde la perspectiva protestante se han superado determinadas lecturas unilaterales de Romanos, fruto de la controversia católico-protestante.



«Resulta un hecho sorprendente que precisamente Pablo, que apenas cita una palabra de Jesús, que aparte del nacimiento y de la muerte no cuenta nada de la vida terrena de Jesús, haya comprendido mejor que todos los demás autores del Nuevo Testamento, lo que vivió Jesús en su convivencia con los publicanos y prostitutas»: la justificación por la fe (sola) y no por las obras. «Esto está en consonancia con el hecho de que tanto Pablo como Jesús viven en el Antiguo Testamento, o mejor, en determinadas partes del Antiguo Testamento. Lo que interesa tanto a Pablo como a Jesús es desmascarar la autojusticia, es decir, la naturalidad con que el hombre quiere afirmarse ante Dios» (E. Schweizer, *Jesus Christus im vielfältigen Zeugnis des Neuen Testaments*, Hamburg 1972, p. 105).

prensión, nos muestra una reinterpretación legítima y profunda del mensaje de Jesús de Nazaret, de su destino, su muerte y su resurrección, que puede servir de orientación y criterio de discernimiento para nuestras interpretaciones actuales.

De hecho, Pablo ha transformado así el punto que es quizás central en la predicación escandalosa del Jesús terreno y lo ha formulado de un modo nuevo para sus comunidades surgidas después de pascua.

En todo caso, espero que esta guía de lectura a la carta a los Romanos nos ayudará a ver que una buena comprensión de lo que se ha denominado «la justificación por la fe» no tiene nada de alienante y sigue siendo muy actual –y por ello, escandaloso– en un mundo como el nuestro. Por ello, se convierte en reto para las iglesias cristianas dar testimonio, tanto de palabra como de obra, de este rasgo característico de toda fe que merezca realmente el nombre de cristiana.

Por último, la doctrina de la justificación por la fe es una escuela magnífica de teocentrismo (un rasgo característico de

Jesús) y, a la vez, de humildad. Pues, por un lado es teocéntrica (se centra en Dios) por cuanto «deja a Dios ser Dios». Es decir, toma muy en cuenta y acepta que Dios revele un modo de ser y de actuar que, de entrada, parece ser muy distinto del modo de ser y de actuar que prevalece en nuestro mundo: Dios se revela como amor gratuito y universal, que no puede ser comprado ni manipulado, pues se revela cómo, cuándo y a quien Él quiere. Y, por otro, va contra el orgullo humano, sobre todo de la persona que se cree piadosa, de la que cree tener derechos frente a Dios, cayendo así en la tentación de querer manipularlo. Con ello Pablo ha transformado, inculturándolo en un lenguaje nuevo, un tema típico de Jesús, que Lucas concreta en la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18,9-14).

8. Tema o tesis de Romanos

Antes de empezar la lectura de cada uno de los fragmentos de la carta a los Romanos es muy importante que tengamos una visión de conjunto de la misma, que nos permita situar cada fragmento en su contexto global. Pues de lo contrario corremos el peligro de que al situar un *texto*, fuera de su *contexto*, lo convirtamos en *pretexto*.

El tema de la carta aparece, como en quinaesencia, en Rom 1,16-17 y es desarrollado en el resto del escrito. El contenido de la carta explicita el significado del *evangelio* (la palabra significaba, en griego, «buena noticia») para Pablo: como *poder de Dios capaz de salvar a todo el mundo*, sin distinción de raza, género, estado social o religión, por cuanto consiste en la revelación de la «justicia de Dios», es decir, en la revelación de su bondad salvadora. Fundamentalmente, se trata de una acción de Dios que, por pura gracia, y no por méritos propios, que se puedan hacer valer ante Dios, salva a toda persona que crea en Jesús. Ello implica que se deja liberar de todo aquello que la esclaviza y no le deja vivir humanamente, no por sus méritos, sino



«También a unos, que presumían de ser hombres de bien y despreciaban a los demás, les dijo esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, erguido, hacía interiormente esta oración: “Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo”. Por su parte, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador”. Os digo que este bajó a su casa reconciliado con Dios, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lc 18,9-14).

como resultado de la entrega amorosa de Jesús, que dio su vida por nosotros en la cruz. Para Pablo, esta salvación había sido ya anunciada por Dios, tal como se revela en el Antiguo Testamento. Y ha llegado a su plenitud en la muerte y resurrección de Cristo.

La acción salvadora de Dios es, primariamente, una liberación de las fuerzas que esclavizan al ser humano y no le dejan vivir para Dios y para los demás (Rom 14,7-9 y 13,8-10). Pablo concreta dicha esclavitud, a lo largo de la carta, en tres fuerzas que presenta como personificadas: a) la del poder destructor del pecado (ver Rom 1,18-3,20 y 6,17-20); b) la de la ley externa que nos indica lo que debemos hacer, pero no nos da la fuerza necesaria para poderlo hacer (ver Rom 7); y c) la de la muerte eterna, que es la consecuencia del mal que nos atenaza y que él llama pecado (ver Rom 5,12-21 y 6,16.21-23).

La reflexión de Pablo va desde el comienzo de la humanidad, en Adán, hasta su destino final, en la Parusía, al final del mundo, cuando Cristo regrese en majestad. Para él, la historia de la humanidad

antes de Cristo es una historia que se encuentra bajo el poder del pecado introducido en el mundo por la desobediencia de Adán (Rom 1,18-3,20). El inicio del cambio lo introduce Abrahán cuando es escogido gratuitamente por Dios para crear un pueblo que sea una bendición para todos los pueblos de la tierra y él se abre por la fe a esta oferta (Rom 4). Pero el cambio decisivo, y comienzo de la nueva época, lo realiza Cristo con su muerte y resurrección (Rom 3,21-31). De su fuerza participan los cristianos: por la fe, don gratuito de Dios en Cristo (Rom 1,16-17 y 3,21-31), y por su nuevo nacimiento por el bautismo (Rom 6,1-11), que libera de la esclavitud de la ley (Rom 7: siendo pecadores, no la podemos cumplir como norma externa, aunque nos indique bien qué es lo que debemos hacer) y otorga el don del Espíritu (Rom 8), que nos capacita, como fuerza interior, para cumplir la voluntad de Dios.

La humanidad, pues, se encuentra configurada por sus dos progenitores, Adán y Cristo; pero la fuerza de Cristo es superior a la del pecado que procede de Adán (Rom 5,12-21). La desobediencia de Israel, como pueblo (siempre queda un resto, signo de que Dios es siempre fiel a sus promesas, incluso cuando el pueblo falla), abre la puerta a la incorporación de los paganos a la historia de la salvación (se convierten en pueblo de Dios por pura gracia). Pero ello provocará que, a su vez, todo Israel se abra a la gracia, de modo que, al final, Dios sea todo en todos. Y la historia de la humanidad revele cómo el Dios de la gracia, que no puede dejar de ser fiel a las promesas hechas al pueblo de Israel, ha logrado sus propósitos de salvar a la humanidad entera por puro amor gratuito. Así, el amor providente de Dios se convierte en motor decisivo de la unión y la paz entre todos los pueblos de la tierra (Rom 9-11). De esta experiencia de la gracia (del don de Dios), brota una tarea, la posibilidad de un modo alternativo de vivir, que ahora el pueblo cristiano está llamado a realizar, como culto espiritual a Dios (Rom 12,1-15,13).



Monseñor Óscar A. Romero, asesinado el 24 de marzo de 1980, por su fidelidad al evangelio y al pueblo de Dios, explicó muy bien en el discurso que pronunció en Lovaina, cuando recibió el doctorado h.c.: «Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios, y pecado sigue siendo aquello que da muerte a los hijos de Dios.

»Esa fundamental verdad de la fe cristiana la vemos a diario en las situaciones de nuestro país. No se puede ofender a Dios sin ofender al hermano. Y la peor ofensa a Dios, el peor de los secularismos es, como ha dicho uno de nuestros teólogos: “el convertir a los hijos de Dios, a los templos del Espíritu Santo, al cuerpo histórico de Cristo en víctimas de la opresión y de la injusticia, en esclavos de apetencias económicas, en piltrafas de la represión política...”» (I. Ellacuría, *Estudios Centroamericanos* 353, p. 123).

9. Características literarias y estructura de Romanos

Aunque a menudo pueda parecer un tratado teológico, externa y realmente tiene la forma de carta. De hecho, se dirige a una comunidad concreta, con la cual Pablo quiere comunicarse, superando la barrera del espacio que le separa de ella. Y, además del saludo epistolar, típico de las cartas helenistas (Rom 1,1-7: nombre del remitente y de los destinatarios, acompañado de un saludo), contiene un cuerpo de comunicaciones personales, tanto sobre la situación de Pablo, como sobre los temas que le preocupan en este momento (Rom 1,8-15; 15,14-33). Y unos saludos finales (Rom 16).

Pero, a la vez, aunque va dirigida a un amplio círculo de lectores, lo que predomina en el escrito es la exposición literaria de unos amplios contenidos teológicos. Por esto, puede ser vista casi como un tratado teológico. Así lo interpretó Ph. Melanchthon, que la denominó «un compendio de la doctrina cristiana». Pero para que pudiera ser considerado como tal, Pablo hubiera tenido que tratar en Romanos temas como la Iglesia, la eucaristía o la escatología.

Algunos denominan «epístola» a este tipo de escrito. Puede ser acertado, si no se olvida que en latín *epístola* significa «carta».

La carta, sobre todo en su primera parte (ver 1,18-3,20), se caracteriza por utilizar el estilo dialogal con un supuesto interlocutor judío y, en ocasiones, claramente cristiano. Dicho procedimiento se denomina técnicamente «diatriba» y facilita que el pensamiento vaya progresando implicando al lector en la reflexión. Por

esto algunos autores se esfuerzan por poner de manifiesto la disposición retórica (helenista) de la carta –un procedimiento que un hombre culto como Pablo podía conocer bien– y que ayudaría a convencer al lector de la verdad de lo que Pablo le escribe.

En todo caso, aparte del saludo (1,1-7), acción de gracias y comunicaciones sobre la situación del Apóstol (1,8-15 y 15,14-33), el contenido central de la carta está dividido en dos partes. **La primera (1,16-11,36)** es una exposición teológica sobre el contenido y el significado del evangelio de Pablo (lo que se ha denominado «la justificación por la fe y la salvación que brota de ella»), tanto en su contenido y significado teológico nuclear, como en su dimensión histórico-salvífica, es decir, en su continuidad con la revelación de Dios que nos ha quedado testimoniada en el Antiguo Testamento. Pero dentro de este fragmento, el estilo unas veces es expositivo (p.ej. en 1,18-32; 3,21-26; 5,1-21 y 8,1-30), mientras que otras veces resulta más bien polémico (p.ej. 2,1-3,20; 3,27-4,25; 6,1-7,25; 9,1-11,36).

En cuanto al tema fundamental de Romanos, los especialistas discuten si lo que prima es la revelación de la justicia de Dios, tal como la explica Pablo, y ha sido desarrollado sobre todo por la teología luterana, o la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, superando las barreras religiosas, propias del judaísmo, que dificultaban el universalismo de la fe cristiana, tal como pretende hoy la investigación de habla inglesa que habla del *nuevo paradigma* en la interpretación de Pablo.

Pero ambos temas no tienen por qué ser vistos como una disyuntiva, sino todo lo contrario. Pues Pablo, como buen judío, piensa que Dios es fiel a las promesas hechas por Él a los patriarcas (Rom 9,6). Por ello el Apóstol muestra cómo la gratuidad del amor de Dios y su misericordia para con el pecador están ya enraizados en la historia de la salvación, revelada por el Antiguo Testamento. Este último aspecto lo recoge en Rom 9-11



Sobre el significado del género epistolar para el mundo grecorromano y para Pablo, puede verse: E. Lohse, *Introducción al Nuevo Testamento*, pp. 51-54; Bartolomé, *Pablo*, pp. 138-147.



Para informarse sobre la historia de la interpretación de la carta a los Romanos, puede verse J. D. Godsey, «The Interpretation of Romans in the History of the Christian Faith», *Interpretation* 34 (1980) 3-16; y R. Jewett, «Major Impulses in the Theological Interpretation of Romans Since Barth», *ibíd.*, pp. 17-31.

Algunos autores sostienen hoy que hay que hablar de una *perspectiva nueva* –e incluso de un *cambio de paradigma*– en la interpretación reciente de Pablo: p.ej. G. Strecker, «Paulus aus einer "neuen Perspektive". Der Paradigmenwechsel in der jüngeren Paulusforschung», *Kirche und Israel. Neukirchener Theologische Zeitschrift* 11 (1996) 3-18; J. D. G. Dunn, «Die neue Paulus-Perspective. Paulus und das Gesetz», *ibíd.*, pp. 34-45. Para ello, se basan sobre todo en las aportaciones de E. P. Sanders: *Paul and Palestinian Judaism. A Comparison of Patterns of Religion*, Filadelfia 1977; ver también *Paul, the Law, and the Jewish People*, Filadelfia 1983. D. M. Neuhaus, «Reencuentro con Pablo. ¿Un cambio de paradigma?», *SelTeol* 42 (2003) 277-290; K. Stendahl, *Paul among Jews and Gentiles*, Filadelfia 1976; H. Räisänen, *Paul and the Law*, Tubinga 1987; J. D. G. Dunn, *Jesus, Paul and the Law: Studies in Mark and Galatians*, Londres 1990; *Id.*, *The Theology of Paul the Apostle*, Grand Rapids 1998; N. T. Wright, *The Climax of the Covenant:*

Christ and the Law in Pauline Theology, Filadelfia 1991; D. A. Carson, P. T. O'Brien y M. Seifrid (eds.), *Justification and Variegated Nomism*, 2 vols., Tubinga 2000-2004; S. Kim, *Paul and the New Perspective: Second Thoughts on the Origin of Paul's Gospel*, Tubinga 2002; S. Westerholm, *Perspectives Old and New on Paul: The «Lutheran» Paul and his Critics*, Grand Rapids 2004; M. Bachmann (ed.), *Lutherische und Neue Paulusperspektive*, Tubinga 2005; I. Bendik, *Paulus in neuer Sicht? Eine kritische Einführung in die «New Perspective on Paul»*, Stuttgart 2010; J. Ch. Maschmeier, *Rechtfertigung bei Paulus. Eine Kritik alter und neuer Paulusperspektiven*, Stuttgart 2010; B. Byrne, «Interpreting Romans: The New Perspective and Beyond», *Interp* 58 (2004) 241-252; G. Theissen, «La nouvelle perspective sur Paul et ses limites. Quelques réflexions psychologiques», *ÉtThéolRel* 83 (2008) 529-551; E. Lohse, «Christus, des Gesetzes Ende? Die Theologie des Apostels Paulus in kritischer Perspektive», *ZNW* 99 (2008) 18-32; M. Neubrand, «Paulus als jüdischer Theologe. Neuere Perspektiven auf Paulus», *Theologie und Glaube* 101 (2011) 360-377. La presente guía de lectura quiere mostrar que lo que dice el *nuevo paradigma* es, en parte, verdad, pero no explica adecuadamente toda la riqueza del pensamiento de Pablo.

para mostrar que dicha historia es, en el fondo, revelación de la bondad salvadora de Dios (Pablo emplea para este concepto la palabra «justicia», como veremos luego), tal como ha quedado revelada definitivamente en el evangelio de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios «nacido de la estirpe de David en cuanto hombre y constituido por su resurrección de entre los muertos Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador» (Rom 1,3-4), un evangelio que Dios Padre «había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas» (Rom 1,2), un evangelio que «nos servirá para alcanzar la salvación si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, a Jesús nuestro Señor, entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación» (Rom 4,24-25).

La segunda parte (12,1–15,13) desarrolla, a modo de exhortación y de aplicación práctica a problemas concretos de la comunidad, las consecuencias que se derivan de la concepción teológica que Pablo acaba de desarrollar, aplicando los principios teológicos paulinos a la vida y problemas concretos de la comunidad de Roma. De la experiencia agradecida del amor totalmente gratuito y sorprendente de Dios, revelado en Jesús, que ha llevado a Pablo a prorrumpir el himno al amor de Dios que leemos en Rom 8,31-39, brota una manera determinada de amar al prójimo, que es como la quintaesencia de la voluntad de Dios (Rom 13,8-10).

La carta está escrita en el griego popular, denominado «*koiné*» (común). El griego era, de hecho, la lengua franca del im-



Cicerón escribe en *Pro archia* 23: «Pues si alguno piensa que se obtiene una gloria menor escribiendo versos en griego que si los escribiera en latín, se equivoca totalmente, porque los escritos en griego son leídos en casi todas las naciones, mientras que los latinos quedan confinados dentro de sus límites, bastante pequeños».

perio, no solo en las regiones que habían sido dominadas y helenizadas por Alejandro Magno, sino en la misma Roma. Las inscripciones de los sepulcros de las catacumbas romanas muestran que la mayoría de los judíos en el siglo I d.C. hablaban en griego. Por eso Pablo pudo dirigirse a la comunidad en esa lengua que él conocía bien.

Pablo dictó su carta a lo largo de varios días. Ello explica que en algún momento, llevado por su celo teológico —era un hombre profundamente apasionado— pierda el hilo y no termine bien alguna de sus frases. Es lo que técnicamente suele llamarse un «anacoluto». Pero, en conjunto, uno se queda profundamente impresionado por la coherencia y trabazón de su pensamiento, prueba de la genialidad de Pablo y de que ha madurado profundamente lo que quiere decir.

Pero no todos los autores, al intentar desentrañar el pensamiento de Pablo, coinciden en los detalles de la estructura que proponen para ayudar al lector a comprender mejor las partes del escrito desde el todo que le precede y da co-

herencia al conjunto de los textos. Pues Pablo mismo no dejó signos externos de su estructura (entonces se escribía sin signos ortográficos, en letras mayúsculas y sin separación siquiera de palabras), sino solo señales literarias.

Sí hay coincidencia, en cambio, entre los diversos comentaristas en la separación, que he mencionado antes, entre la parte de teología sistemática que trata de la justificación por la fe (Rom 1,16–11,36) y la parte exhortativa o de aplicación práctica de la teología a la vida concreta de la comunidad (Rom 12,1–15,13).

La discusión está, sobre todo, en el papel que desempeña el capítulo 5 dentro de la primera parte (y, en parte también, los capítulos 9–11). Cuando veamos estos capítulos descubriremos la razón que me lleva a estructurar la carta como propongo a continuación. Pienso, con J. Becker, que el capítulo 5 sirve de nexo entre la primera parte, en la cual Pablo explica cómo se las arregla Dios para lograr que uno pase de la incredulidad y de la esclavitud que comporta una vida marcada por el pecado y la muerte, a la fe por medio de la cual Dios, en virtud de la redención/liberación operada en la cruz de Cristo, nos hace pasar de la muerte a la vida, y la segunda parte (Rom 6–8), en la cual Pablo describe cómo es la vida *salvada* del que se ha abierto a la acción de Dios en Cristo que Pablo ha descrito en la primera parte. De modo especial, 5,1-11 prepara la segunda parte, mientras que 5,12-21 amplía y profundiza lo que se ha explicado en la primera (Rom 1,17-4,25).



Ampliamos conocimientos

En español, el comentario fundamental a Romanos (va dirigido sobre todo a los especialistas y estudiantes de teología y tiene palabras en griego), es el de U. Wilckens, *La carta a los Romanos*, 2 vols., Salamanca 1989 y 1992 (cf. I, pp. 27-71). Más sencillos son los comentarios de O. Kuss, *Carta a los Romanos*, Barcelona 1985; y K. Kertelge, *Carta a los Romanos*, Barcelona 1985; C. Perrot, *La carta a los Romanos*, Estella 1990 (*Cuaderno Bíblico* 65).

Aunque más antiguo, sigue siendo muy iluminador todo lo que ha escrito S. Lyonnet, *La historia de la salvación en la carta a los romanos*, Salamanca 1967; y el de G. Eichholz, *El Evangelio de Pablo*, Salamanca 1977.

En inglés, vale la pena consultar (informa exhaustivamente sobre la bibliografía, sobre todo antigua, anterior) J. A. Fitzmyer, *Romans. A new Translation with Introduction and Commentary*, Nueva York 1993 (cf. pp. 23-172); también J. D. G. Dunn, *Romans*, 2 vols., Dallas 1986; C. K. Barrett, *A Commentary on the Epistle to the Romans*, Londres ²1991; D. J. Moo, *The Epistle to the Romans*, Grand Rapids 1996 (cf. pp. 1-35); R. Jewett, *Romans. A Commentary*, Minneapolis 2007 (tiene muy presente la exégesis retórica; cf. pp. 1-91). Una buena visión más reciente de la teología de Pablo la ofrece J. D. G. Dunn, *The Theology of Paul the Apostle*, Edimburgo 1998.

En francés, S. Légasse, *L'épître de Paul aux Romains*, París 2002 (cf. pp. 29-50). Otras obras interesantes: J.-N. Aletti, *Comment Dieu est-il juste? Clefs pour interpréter l'épître aux Romains*, París 1991; Id., *Israël et la Loi dans la lettre aux Romains*, París 1998.

En italiano, R. Penna, *Lettera ai romani*, 3 vols., Bolonia 2004, 2006, 2008.

En alemán, O. Kuss, *Der Römerbrief übersetzt und erklärt*, 3 vols., Regensburg 1957-1978; E. Käsemann, *An die Römer*, Tübinga ⁴1987; H. Schlier, *Der Römerbrief*, Freiburg ²1979; D. Zeller, *Der Brief an die Römer*, Regensburg 1985; M. Theobald, *Römerbrief*, 2 vols., Stuttgart ²1998; K. Haacker, *Der Brief des Paulus an die Römer*, Leipzig 1999; E. Lohse, *Der Brief an die Römer*, Gotinga 2003; W. Kleiber, *Der Römerbrief*, Neukirchen/Vluyn 2009.

Las introducciones a cualquiera de estas obras, informan sobre la situación en la cual Pablo escribe Romanos y sobre la estructura de la carta.

Una buena información sobre lo que se ha publicado y el estado de la investigación hasta finales del siglo xx, se puede encontrar en M. Theobald, *Der Römerbrief* (Erträge der Forschung 294), Darmstadt 2000.

Estructura de la Carta a los Romanos

Prólogo	1,1-15
Saludo	1,1-7
Acción de gracias y noticias personales	1,8-15
Parte doctrinal	
La justificación por la fe y la salvación	1,16–11,32
I. La justificación por la fe	1,16–4,25
A. Tesis de la carta: revelación de la justicia de Dios en el evangelio	1,16-17
B. Antítesis: Revelación de la cólera de Dios	1,18–3,20
<i>Juicio de Dios sobre el paganismo</i>	1,18-32
El pecado radical de idolatría	1,18-23
Consecuencias negativas de este pecado	1,24-32
<i>Juicio de Dios sobre el judaísmo</i>	2,1–3,20
En Dios no hay parcialidad: juzga según las obras en el juicio final	2,1-11
A pesar de tener la ley	2,12-16
A pesar de conocer la ley	2,17-24
A pesar de la circuncisión	2,25-29
A pesar de la fidelidad de Dios (prepara 9–11)	3,1-8
<i>Conclusión: Todos han pecado (prueba de Escritura)</i>	3,9-20
C. Síntesis: Revelación de la justicia de Dios	3,21-31
Justificación, liberación y redención en Cristo	3,21-26
Insistencia polémica: Por la fe sin obras	3,27-31
D. Prueba de Escritura: Abrahán, tipo de la fe	4,1-25
Abrahán, justo también por la fe	4,1-8
Independientemente de la circuncisión	4,9-12
Independientemente de la ley	4,13-17
La fe de Abrahán, tipo de la fe cristiana	4,18-25
II. La salvación que brota de la justificación	5,1–8,39
Nexo entre la justificación y la salvación	5,1-21
1. <i>Descripción de la experiencia cristiana</i> (prepara 6–8): amor reconciliador de Dios y esperanza escatológica de salvación	5,1-11
2. <i>Dominio de la gracia sobre el pecado</i> (completa 3,21-31): contraste entre el primer y el segundo Adán	5,12-21
A. Liberación del pecado, de la muerte y de la ley	6,1–7,25
1. <i>Liberación del pecado y de la muerte por la incorporación a Cristo</i>	6,1-23
Bautismo: incorporación a la muerte y vida de Cristo	6,1-14
Liberación del pecado al servicio de la justicia	6,15-23
2. <i>Libertad cristiana</i>	7,1-21
Tesis: el cristiano está libre de la ley	7,1-6
Función de la ley	7,7-12
Situación infeliz del hombre bajo la ley del pecado	7,13-25

B. La vida en el Espíritu	8,1-39
3. <i>Liberación de la ley del pecado y de la muerte por la ley del Espíritu</i>	8,1-11
Llamados a dejarnos llevar por el Espíritu <i>que nos hace hijos de Dios</i>	8,12-17
4. <i>Redención cósmica y esperanza cristiana</i>	8,18-30
5. <i>Himno al amor de Dios: certeza de la esperanza</i>	8,31-39
III. La justicia de Dios y el problema de Israel	9-11
Introducción: Pablo ante el drama de Israel	9,1-5
1. <i>Dios es fiel en la historia de salvación</i>	9,6-29
Gratuidad y funcionalidad de la elección divina	9,6-13
Soberanía de Dios: no es injusto	9,14-18
Primera ilustración: el alfarero	9,19-24
Segunda ilustración: testimonio del Antiguo Testamento	9,25-29
2. <i>Responsabilidad de Israel</i>	9,30-10,21
Tropiezo de Israel: buscó la propia justicia	9,30-10,4
No se inspiró en Moisés (en la justicia de Dios)	10,5-13
Israel, responsable de no haber acogido el mensaje	10,14-21
3. <i>El misterio de la historia de salvación</i>	11,1-32
La defección de Israel no es total: el «resto»	11,1-10
La defección de Israel abre el camino a los paganos	11,11-15
Israel sigue siendo la raíz	11,16-24
La conversión de todo Israel: el Dios de la gracia que salva a todos	11,25-32
4. <i>Himno a la sabiduría misericordiosa de Dios</i>	11,33-36

Parte parenética

Proyección de la justicia de Dios en la vida cristiana	12,1-15,13
I. Significado y vigencia del amor cristiano	12-13
1. <i>En la vida de la comunidad cristiana y humana</i>	12,1-21
El auténtico culto del Espíritu	12,1-2
Diversidad de funciones en la comunión del amor	12,3-8
El auténtico amor cristiano	12,9-13
Proyección universal del amor cristiano	12,14-21
2. <i>En la vida civil</i>	13,1-7
Índole y función de la autoridad civil	13,1-4
Actitud cristiana ante la autoridad civil	13,5-7
3. <i>Amor y compromiso cristiano</i>	13,8-14
La ley fundamental del amor	13,8-10
Urgencia del compromiso cristiano	13,11-14
II. El amor por encima de las diferencias de mentalidad	14,1-15,13
1. <i>El caso de los débiles: respuesta cristiana</i>	14,1-23
Principio: respeto a las opiniones diversas	14,1-6
Principio: responsabilidad ante el Señor; Juez único	14,7-12

Solución cristiana: superar las diferencias por amor	14,13-23
2. <i>Motivación cristiana: el ejemplo de Cristo</i>	15,1-13
Conclusión: Realizaciones y proyectos	15,14-32
Pablo revisa su actividad apostólica	15,14-21
Pablo expone sus proyectos apostólicos	15,22-29
Pablo pide oraciones para su misión en Jerusalén	15,30-33
Epílogo	16,1-27
Saludos y encargos a la comunidad de Roma	16,1-23
Doxología final (no paulina)	16,25-27



Para seguir reflexionando

1. *Lectura básica*

¿Qué sabes ahora de la carta a los Romanos? ¿Es realmente una carta? ¿O es más bien un tratado teológico sobre lo que constituye el núcleo de la fe cristiana? ¿Por qué la escribió Pablo?

¿Ante qué dificultades se encontraba Pablo al escribirla? ¿Cómo era la comunidad a la que escribe? ¿Cuáles son las ideas principales que Pablo desarrolla aquí?

Formula, al principio de la lectura de este libro, algunas dificultades relativas al lenguaje, al trasfondo religioso y cultural y a la trama de la carta. Vuelve a pensar sobre ellas al final de la lectura de este libro. ¿Cuáles has resuelto? ¿Cuáles quedan? ¿Qué nuevas dificultades te han surgido? ¿Por qué cuesta tanto leer la carta a los Romanos?

¿Cómo situarías la carta a los Romanos en el conjunto de la historia de las primeras iglesias cristianas? ¿Por qué fue Pablo tan significativo?

2. *Problemas*

¿Qué imagen de Dios tienes? ¿Piensas que Dios actúa y se comunica en la historia a determinadas personas? El modo como Pablo presenta aquí a Dios ¿tiene algo que ver con la que tú tienes? ¿Cómo es(son) la(s) Iglesia(s) que tú conoces? ¿Se parecen a las que aparecen en el Nuevo Testamento y, concretamente, en la carta a los Romanos?

¿Con qué inquietudes y dificultades religiosas te acercas a leer la carta? ¿Tiene que ver la carta a los Romanos con tu vida y con los problemas del mundo que te rodea?

3. *Actualización*

¿En qué grupos fundamentales clasificarías hoy a los cristianos? ¿Qué contraposiciones se dan hoy en las iglesias cristianas? ¿Por qué han surgido estas divisiones?

Escribe una carta a tu comunidad o a la Iglesia que tú conoces: ¿Qué le alabarías? ¿Qué le criticarías? ¿Cuáles serían las ideas o experiencias personales que tendrías máximo interés en comunicarles? Si quieres cambiar, corregir, algunas de sus ideas o actuaciones, ¿con qué argumentos intentarías convencerla de tus ideas?